

La Ilustración Artística

Año XXI

BARCELONA 14 DE ABRIL DE 1902

Núm. 1.059

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LAS PRIMERAS MARGARITAS, cuadro de Emilio Haumont

SUMARIO

Texto.— *Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *La luz y la dinamita*, por Eduardo Benot. — *La balada de la espuma*, por Emilio Dugi. — *Recuerdos del Transvaal*. Luis Botha. *Cristián Dewet*, por Juan Carrere. — *Nuestros grabados*. — *Noticias de teatros*. — *Problema de ajedrez*. — *La dote de Pascualina*, novela ilustrada (continuación). — *Globos portaamarras*, por H. de Varigny. — *Los peces momificados de Egipto*, por X.

Grabados.— *Las primeras margaritas*, cuadro de Emilio Haumont. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo titulado *La luz y la dinamita*. — *La noche*, cuadro de José María Tamburini. — *Vendedora de flores*, cuadro de la señorita G. H. Fould. — Los generales boers *Luis Botha* y *Cristián Dewet*. — *Los habitantes del Transvaal sacados de sus granjas e internados en los campos de concentración*. — *M. Reitz*. *M. Schalk Burger* y *Lucas Meyer*, oficiales boers encargados de negociar la paz con los ingleses. — *El campo de concentración de Winberg*. — *El comité rojo*. — *Sopitas*. — *La última hora*, cuadros de Luis Graner. — *Monumento a Goethe*, boceto de Gustavo Eberlein. — El coronel ruso *Grimm*, acusado del delito de alta traición. — *Globos portaamarras*. — *Pescadoras de almejas*, dibujo original de Rafael Senet.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

La Liga hispano-americana de Instrucción popular. — El comercio entre España y los pueblos hispano-americanos. — Tratados de arbitraje con *España*. — El convenio de Corinto y el arbitraje obligatorio en la *América central*. — La guerra civil en *Venezuela* y *Colombia*.

Por iniciativa de D. Rafael Gutiérrez Jiménez, á quien han ofrecido su concurso ilustres personalidades de España y América, se está organizando la Liga hispano-americana de Instrucción popular, Asociación internacional cuyo objeto es, mediante procedimientos muy originales y prácticos, proporcionar á las ciudades y villas de las naciones en que se habla español, y aun á las comarcas más apartadas de los centros de cultura, libros en abundancia (unos escritos expresamente y otros reproducción de obras ya publicadas) que, repartidos con periodicidad (de 250 á 500 volúmenes cada año), formen, en el transcurso de poco tiempo, colecciones ordenadas con un plan educativo é instructivo definido y concreto; crear, en suma, Bibliotecas que, por lo bien surtidas y constantemente renovadas, sean fiel reflejo de lo más culminante en la ciencia moderna y de lo más útil para el progreso industrial, mercantil y agrícola.

Secciones especiales de estas Bibliotecas serán la colección de volúmenes expresamente dedicados á publicar el gran número de documentos históricos sobre América que se conservan en los Archivos de España, y con preferencia los del Archivo general de Indias, y el Registro hispano-americano, que contendrá monografías de los establecimientos agrícolas, industriales y mercantiles de las naciones de lengua española. Además, se trata de procurar que las Bibliotecas sirvan de base á la fundación de Sociedades de instrucción y recreo que, ofreciendo á los asociados lo útil juntamente con lo agradable, puedan hacer competencia á la taberna y á otros centros donde el obrero ó el aldeano no tiene más distracción que el vino y el juego.

Según el proyecto de estatutos, para el cumplimiento de los fines sociales se considerará como un solo territorio el de la República Argentina, Bolivia, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, Ecuador, España, Filipinas, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Paraguay, Perú, Puerto Rico, El Salvador, Santo Domingo, Uruguay y Venezuela. La Asociación se distribuirá en Cámaras autónomas que, unidas, formarán una Confederación. Bajo los auspicios de la Sociedad se creará una Compañía editorial, dedicada principalmente á imprimir y reimprimir las mejores obras escritas en lengua castellana y traducciones de libros extranjeros, con objeto de que dichas ediciones sirvan de base á las Bibliotecas populares. La misión de la empresa editorial será reproducir á bajo precio múltiples copias de la Biblioteca matriz y suministrar periódicamente los volúmenes que produzcan sus grandes talleres tipográficos á las Bibliotecas populares que se hayan fundado por iniciativa de la Asociación.

Si tales propósitos llegaran á cumplirse, es indudable que se habría dado un gran paso hacia la identificación de sentimientos é intereses entre todos los pueblos de lengua española. La Confederación moral é intelectual podría ser un hecho efecti-

vo, una realidad en la vida hispano-americana y, dados los medios puestos en juego para obtener ese fin, resuelto quedaría el problema de la regeneración de España (generación, mejor dicho, pues no es que hayamos degenerado, sino que aún no hemos conseguido adaptarnos por completo á las condiciones de la vida moderna) y del desarrollo y engrandecimiento de las Repúblicas españolas de América; porque, como acertadamente indica el iniciador de la Liga, ese problema no es en primer término político, militar, económico, industrial ni agrícolá; es sobre todo problema de educación, un problema pedagógico. Hay que elevar, en efecto, el grado medio de la cultura intelectual y del sentido moral en los españoles de Europa y de América; hay que establecer entre unos y otros cambio permanente de ideas y de noticias, datos y estudios geográficos, de tal suerte que podamos conocernos mejor los de aquí y los de allá.

En esas Bibliotecas populares deberían predominar los libros que vulgaricen — no sólo entre las clases populares, sino entre las clases directoras, entre las personas que pasan por doctas y están llamadas á tomar parte activa en el Gobierno y en la administración pública — el conocimiento del territorio y de las condiciones sociales y económicas en que viven los pueblos españoles.

* *

Ese mutuo conocimiento, sin el que no podemos los unos formar cabal concepto de lo que son y valen los otros, es la base indispensable para ulteriores y constantes relaciones mercantiles; y acaso por ser hoy muy deficiente, sobre todo entre nosotros los españoles de Europa respecto de nuestros hermanos de América, han resultado ineficaces las excitaciones repetidamente hechas á los productores é industriales de la Península para que, en interés propio, tomaran mayor participación en los mercados del Nuevo Mundo.

Centenares ó millares de discursos y de artículos y muchos folletos y libros se han pronunciado ó escrito en estos últimos años, sobre todo desde 1892, para recomendar la conveniencia de estrechar relaciones con los pueblos americanos de origen español; y entre los médicos propuestos era uno el desarrollo de nuestro comercio con aquéllos, de modo que aumentasen á la par la importación de artículos españoles en América y la de los americanos en la Península. América ha conseguido elevar sus importaciones en España desde 25 millones de pesetas en 1890 hasta 58 millones en 1900 (son estas cifras la suma del valor de la importación de las Repúblicas hispano-americanas en España, exceptuada Cuba). Pero los nuestros no han mostrado el mismo empeño ó no han podido competir ventajosamente con los importadores extranjeros en América, puesto que de España se recibieron en dichas Repúblicas, en 1890, mercancías por valor de 38 millones de pesetas, y en 1900 nuestra exportación á ellas fué menor, 35 millones escasos.

En vez de ganar vamos, pues, perdiendo en los mercados de América.

* *

Desde el punto de vista político presentan las cosas mejor cariz. El Ministerio de Estado español ha hecho saber, por nota oficiosa, que aprovechando la estancia en Méjico de delegados de todos los países de América con ocasión de la segunda Conferencia internacional americana, el gobierno envió instrucciones á nuestro representante en aquella capital para la celebración de tratados de arbitraje entre España y cada uno de los Estados hispano-americanos.

Secundando esas instrucciones, el marqués de Prat firmó convenios con los representantes de la Argentina, Bolivia, Colombia, El Salvador, Guatemala, Méjico, Paraguay, Santo Domingo y Uruguay. Las Repúblicas de Costa Rica, Honduras y Perú suscribirán en breve tratados idénticos en sus respectivas capitales.

En dichos convenios se establece el arbitraje como medio de dirimir contiendas entre aquellos Estados y España. Las funciones de árbitro recaerán en un jefe de Estado hispano-americano ó tribunal compuesto de personas peritas españolas é hispano-americanas. Sólo en el caso de no ponerse de acuerdo las partes respecto á la designación de árbitro, se acudiría al Tribunal permanente de El Haya.

* *

La reunión de presidentes de la América Central en el Puerto de Corinto, á que nos referimos en fe-

brero último, dió ya los satisfactorios resultados que eran de esperar. Cuatro de las cinco Repúblicas centro-americanas, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, han suscrito convenio aceptando, en la forma de Tratado público, las conclusiones á que habían llegado los presidentes Excmos. señores D. Terencio Sierra, D. Tomás Regalado, D. José Santos Zelaya y D. Rafael Iglesias, en las varias conferencias que tuvieron en el citado puerto para mantener y asegurar, por todos los medios posibles, la paz de Centro-América.

Los gobiernos contratantes han establecido el principio del arbitraje obligatorio para dirimir toda dificultad ó cuestión que pudiera presentarse entre ellos, comprometiéndose, en consecuencia, á someterlas á un tribunal de árbitros centro-americanos. Sólo las cuestiones de límites podrán entregarse al conocimiento y resolución de un árbitro extranjero de nacionalidad americana. La presidencia del Tribunal se ejercerá alternativamente, por períodos anuales, por cada uno de sus miembros, siguiéndose el orden alfabético de los Estados que representen, correspondiendo ejercerla el primer año al árbitro costarricense, el segundo al de El Salvador y así sucesivamente.

El Tribunal arbitral se instalará en San José de Costa Rica el día 15 de septiembre próximo, aniversario de la Independencia. Y con deseo de que este convenio ligue á todos los Estados de la familia centro-americana, los gobiernos signatarios acordaron invitar conjuntamente ó por separado al gobierno de Guatemala para que se adhiera á sus estipulaciones.

* *

En la parte Norte de la América del Sur reinan aún vientos de tormenta. Uno y otro día los telegramas y la prensa periódica nos hablan de combates: en Colombia, entre las tropas del gobierno y los revolucionarios liberales; en Venezuela, entre partidarios y enemigos del general Castro. Este, ya presidente constitucional de la República, procura asegurarse en el poder resistiendo al bando conservador ó clerical, más ó menos abiertamente apoyado por las autoridades colombianas, y pacta convenios de amistad con las potencias europeas, reanudando las buenas relaciones con Francia y dirimiendo el conflicto con Alemania, promovido por desplantes del director de la empresa alemana del gran ferrocarril de Venezuela, que obligaron al gobierno á suspender el servicio en dicha línea.

En Colombia se extreman tanto las precauciones contra el movimiento revolucionario, que algunos jefes ó gobernadores de departamento, como el de Bolívar, anuncian que, en uso de facultades extraordinarias, han dispuesto que la correspondencia se deposite abierta en las estafetas de correos, para que el gobierno pueda cerciorarse de que en ella no se trata de asuntos relacionados con la guerra.

No hay que consignar los comentarios que con este motivo hacen algunos periódicos de Europa: estas cosas, dicen, sólo suceden en esa desgraciada América del Sur, donde no hay seguridad personal, ni garantía de ningún derecho. Ven la paja en el ojo ajeno, y no la viga en el suyo, pues igual procedimiento ó peor aplica el gran Imperio Británico á la correspondencia que va al África del Sur ó de allí viene. Pocos días hace hemos recibido carta de Johannesburg; en el sobre se veía sello en tinta con la inscripción *Press Censor*, y sobre banda roja *Opened under the Martial law. On His Majesty's Service*. Esto es, que Inglaterra no se toma la molestia de advertir que no se cierren las cartas; las abre, viola la correspondencia para que el censor se entere, y declara paladinamente que ha sido abierta bajo la ley marcial en servicio de Su Majestad. Pues el mismo derecho que en estado de guerra tienen las autoridades inglesas para leer, en servicio de S. M. el rey, las cartas particulares, lo tienen, para hacer lo mismo, las autoridades de cualquier República en servicio de S. E. el presidente.

No terminaremos sin advertir que las descargas de los Mauser y el estampido de los Krupp y Maxim no acallan las voces de paz y concordia y las invocaciones á la alianza ó confederación de los tres Estados que formaron uno solo en los primeros tiempos de la independencia. Con motivo de la inauguración de las líneas telegráficas que enlazan al Ecuador con Colombia, el presidente de aquella República, Leónidas Plaza, recordó la obra de los ilustres patriotas que habían procurado fundar la unión colombiana, la gran confederación que ha de extenderse desde el Orinoco al Amazonas, desde el Atlántico al Pacífico.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



I

El ferrocarril de «Las Carbonerías» estaba ya á punto de enlazar con las grandes vías férreas de la península, y prometía ser muy en breve una empresa próspera y lucrativa. Aunque escasos, ya proporcionaba algunos rendimientos por ligar entre sí varias poblaciones agrícolas que hasta entonces, á causa de lo montuoso de aquella serranía, habían vivido casi como aisladas.

Los trabajos preparatorios para explotar las minas de carbón tocaban á su término; y si no estaban más adelantados, era por no haber medios todavía de conducir el combustible á los centros de consumo.

El ferrocarril, cuando estuviese concluído, resultaría formado por dos líneas casi rectas, situadas en la prolongación una de otra, aunque ahora se hallaban interrumpidas por un enorme pitón de piedra berroqueña, llamado «La Roca de los buitres,» por estar casi cortado á pico.

II

Dada la fragosidad de aquellos ásperos breñales, más intrincados aún y más llenos de anfractuosidades que las mismas Alpujarras, se había tenido durante muchos años por impracticable, ya que no por imposible, la construcción de una vía férrea y la consiguiente explotación de las minas. Pero lo impracticable se convirtió en relativamente fácil ante la vista perspícaz de un joven ingeniero, Rogundo Gardizábal, gloria de la Escuela de caminos y canales. Invitado á estudiar el terreno, vió dos profundos barrancos torrenciales, situados casi en la prolongación uno de otro, pero interrumpidos por la escarpada «Roca de los buitres,» especie de cono abrupto, que se elevaba á más de doscientos metros sobre la profunda cuenca de los barrancos.

Con tal observación, Gardizábal dió por hecho el ferrocarril. Las aguas torrenciales, con el transcurso de los siglos, se habían cavado, á no larga distancia de las rampas enormes de donde partían, dos lechos horizontales, por donde corrían impetuosamente en invierno y por donde se deslizaban en verano dos arroyones de muy pobre caudal, que avanzaban durante algunas leguas en direcciones contrarias desde «La Roca de los buitres.» Gardizábal pensó llevar las líneas férreas por el borde de estos arroyones á una altura superior al nivel que pudieran tomar las aguas torrenciales, y poner ambas vías en comunicación á través de «La Roca de los buitres.»

Pensó al principio practicar un tunel curvo; pero los cálculos de gabinete le demostraron que era menos costoso volar con dinamita la parte del peñón que impedía el enlace; y aunque en el Consejo de Administración había otros periciales que se opusieron enérgicamente á la idea, Gardizábal pudo al fin vencer todas las resistencias y obtener la aprobación de su atrevido proyecto.

III

La oposición de sus colegas picó de tal modo su amor propio, que resolvió consagrar todo su tiempo á la construcción de los pozos y galerías necesarios para colocar las cargas de dinamita que, por su explosión simultánea, habían de volar un día las enormes masas de piedra berroqueña interpuestas entre las dos vías.

Pero Gardizábal estaba en plena luna de miel. Hacía muy poco que había contraído matrimonio

con la joven más hermosa de la serranía, y era preciso que Irene consintiera en abandonar su casa de campo para venirse á «La Roca de los buitres,» de la cual no quería separarse Gardizábal para inspeccionar constantemente y por sí mismo las obras, y con especialidad, la colocación oportuna de los explosivos y de los alambres eléctricos que habían de ponerlos en comunicación al llegar el momento decisivo.

Pero con gran sorpresa del esposo, Irene consintió sin resistencia en abandonar su casa.

Gardizábal, pues, al mismo tiempo que se empezaban á perforar los pozos y las galerías, edificaba en lo alto de la «Roca» una preciosa casita, llena de comodidades, á la cual se subía por una serie de cómodas rampas labradas en la peña.

La mañana en que llegó Irene, la bandera española ondeaba en lo alto de la casita. Y Gardizábal dió un banquete á los principales accionistas de la empresa.

IV

El ingeniero era, pues, feliz; porque tenía inmediatos los dos objetos de sus íntimos amores: Irene y la ejecución de su proyecto.

¡Qué satisfacción la suya cuando cada noche, al volver de las obras, se encontraba con su mujer, que le servía una cena apetitosa, preparada por ella misma; pues Irene despedía por la mañana á dos hombres que la servían, y estaban encargados de subirle el agua y los alimentos y de efectuar las faenas groseras de la casa.

— Pero, Irene, ¿por qué despedes á esos hombres tan pronto todos los días?

— Porque quiero estar sola. Porque no quiero que venga aquí nadie que no sea de mi gusto.

— Pero, Irene, ¡siempre sola!

— Escúchame con atención, que no quiero engañarte. No es estar nunca sola el vivir una constantemente con sus más íntimos recuerdos, con sus amores fijos siempre en la memoria y en el corazón.

— Pero, Irene, ¡si yo no puedo estar aquí más que por la noche!..

— Y ¿piensas tú que no te tengo presente todo el día?..

— Pero...

— ¿Crees tú que dejo un solo instante de imaginar que pudieran dejarme viuda esos explosivos que estás manejando sin cesar? ¡Sola!.. Cuando estamos verdaderamente solos es cuando nos encontramos rodeados de personas que no comprenden nuestras miradas, que no adivinan nuestros pensamientos, que no desean lo que una desea, que no sienten lo que una siente, que no quieren lo que una quiere... ¡Eso sí, eso sí que es soledad! ¡Estar entre indiferentes, es hallarse en la más espantosa soledad! Cree que, si no te mato, es porque veo que no te soy indiferente... No: no me mandes aquí ni criados ni gentuza á quienes yo no pueda querer. Si yo quiero á alguien conmigo, yo me lo sabré buscar.

— Pero ¿tú piensas en mi muerte?

— Si no me quisieras, ya no vivirías...

V

La colocación de los depósitos de dinamita fué un portento de actividad y de inteligencia. Sin el menor accidente desfavorable, quedó todo preparado á los once meses para volar «La Roca de los buitres.» La empresa quiso solemnizar el acontecimien-

to convidando al gobernador de la provincia, al obispo, á los ayuntamientos de los pueblos comarcanos y á muchas personas notables, para que presenciaran la voladura del peñón.

Al efecto se estaba construyendo á toda priesa un espacioso tablado junto á la estación más próxima, adornado con los colores nacionales y multitud de gallardetes. En una próxima tienda de campaña se estaban también disponiendo las mesas para un suculento lunch.

VI

Gardizábal, á la noche, enteró de todo á su mujer con el entusiasmo y la satisfacción de quien, después de vencer multitud de dificultades, está seguro de obtener un éxito ruidoso.

Y en seguida agregó:

— Mañana, Irene, no puedes estar sola, porque es preciso que vengan varios operarios para llevarse todos los muebles de esta casita; pues pasado mañana volará el picacho. Tú no tienes que ocuparte de nada. Déjalo todo al cuidado del contraamaestre, que él traerá los hombres necesarios para hacer bien la mudanza. ¡Ay!, desde muy temprano, en el coche que estará al pie de las rampas, te trasladarás á tu antigua casa de campo. Mañana al amanecer nos despediremos hasta el miércoles, en que, viéndome libre, correré á verte... Pero ¿por qué estás tan seria? ¿No te alegras de mis triunfos?

— No, Gardizábal. No... Quiero decir... sí, sí que me alegro de tu triunfo; pero me alegro solamente por ti..., por ti, por tu fama, por tu porvenir; pero..., francamente, lo siento por mí, porque tengo que abandonar esta casita donde he sido la mujer más feliz de las mujeres, donde he estado siempre rodeada de mis recuerdos de amores..., y últimamente, porque tendré que dejarla para volver á verme entre las indiferencias del mundo en la más espantosa soledad. Por eso es por lo que no quiero ir á ese convite que van á dar al gobernador y al obispo. ¡Aborrezco la gente!..

— ¡Qué rara estás, Irene, mía!

— Pero que yo me entere bien. ¿La voladura es el domingo?

— Sí.

— ¿Y mañana sábado la mudanza?

— Sí.

— ¿A qué hora?

— Temprano.

— No: yo quiero saber la hora precisa.

— Pues á las siete de la mañana.

— ¿De modo que á las nueve ya no habrá nadie en esta casa?

— Nadie; porque vendrán todos los peones necesarios para hacer la mudanza de una vez.

— ¡Y tener yo que abandonar esta casita, donde he sido la mujer más feliz de las mujeres!..

VII

A la madrugada siguiente, Gardizábal se despidió de su mujer, dejándola en el coche que había de llevarla á la casa de campo. Y él volvió á la estación próxima, á terminar los preparativos de la recepción anunciada para el inmediato domingo.

Tan ocupado estuvo toda la mañana, que únicamente á mediodía se vió libre.

Pero, al fin, se encontró solo junto al conmutador, cuidadosamente preparado para cerrar el circuito eléctrico, que unía entre sí la innumerable multitud

de minas cargadas de dinamita, á cuya simultánea explosión había de volar «La Roca de los buitres.»

Resumió entonces Gardizábal en su memoria todo lo que le había sido preciso trabajar para llevar á término feliz tan colosal y arriesgada tarea, y el in-

posibles en aquella casa, donde durante diez meses había podido recibir constantemente á solas al hombre por quien sentía la más frenética pasión.

Gardizábal miró de nuevo la fotografía. Sus ojos no querían creer; pero no era posible dudar; pues la

Vengo del país del ensueño; de aquel país maravilloso, jamás soñado por la fantasía de los humanos; de aquel país de la belleza inmortal y de la eterna juventud.

Todo es allí magnífico, grande, eterno.



La noche, cuadro de José María Tamburini (Exposición Robira, calle de Escudillers)

geniero se sintió satisfecho de sí mismo, pues se dijo con natural orgullo:

— Si mi vida hubiese de terminar ahora, indudablemente dejaría yo en el mundo algo grandioso y útil para el porvenir de mis semejantes.

Pero de pronto se le oprimió el corazón, porque hubo de pensar que también tenía que desaparecer la casita donde había pasado la luna de miel, y donde, junto á Irene, encontraba, al terminar cada día, el alivio indispensable á la enorme tensión de su espíritu mientras manejaba y distribuía tantas masas de explosivos, que, al menor descuido ó la más insignificante imprevisión, podían ocasionar la muerte á centenares de operarios.

— Voy á sacar la fotografía de esa casa encantada que, aunque está á seis kilómetros, saldrá en mi cámara oscura con todos sus detalles.

Meses atrás, obligado Gardizábal por la falta de tiempo, y deseoso de inspeccionar rápidamente y desde lejos los trabajos del ferrocarril, había utilizado el objetivo de un antejo astronómico de gran potencia para sacar á grandes distancias vistas fotográficas de «La Roca de los buitres» y de los terrenos por donde tenían que pasar las vías férreas. Y tan buenos resultados obtuvo, que había llegado á estar en posesión de detalles minuciosos de objetos situados á ocho kilómetros de distancia.

— Voy á sacar la fotografía de mi nido de amor, se dijo nuevamente Gardizábal.

Y en el acto enfocó cuidadosamente el edificio.

— Revelemos la imagen.

Y al contemplar aquella fiel fotografía, Gardizábal lanzó un grito de muerte.

En el balcón de aquella casa estaba Irene con los lujosos cabellos sueltos al aire y abrazada á un joven de extraordinaria hermosura.

Por antojo criminal había vuelto allí la infiel esposa para pasar los últimos momentos que le fueran

luz, que nunca miente, había trazado los retratos de la adúltera y del amante con la mayor fidelidad.

El mísero ingeniero lo contempla nuevamente con ojos de insensato, inmóvil, cataléptico, loco... Mas de repente recobra el movimiento, vuelve en sí, mira el retrato, y convulsó, en la mayor exacerbación de un frenesí homicida, con un golpe furibundo cierra el circuito eléctrico, tiembla la tierra y vuela en polvo «La Roca de los buitres.»

E. BENOT.

(Dibujo de Triadó.)

LA BALADA DE LA ESPUMA

El río baja encajonado entre dos repliegues del terreno.

Las ramas de los sauces y de los álamos besan la líquida superficie, retratándose en su cristal.

El agua se desliza mansamente, copiando entre los guijarros del fondo el azul limpiísimo del cielo. Se detiene en un remanso para saludar á los ramilletes de hojas que, sedientos, bajan á besar la corriente; se divide ante una presa para ir á reunirse más lejos, salvado ya el obstáculo; salta sobre las piedras, se desliza en un remanso, gana una altura, palmo á palmo, piedra á piedra, protestando de que se le cierre el camino. Desde lo alto se precipita deshaciéndose en cascada de espumas multicolores. Canta:

— Soy la espuma, la ira impotente, resuelta en cambiantes tornasolados, en facetas de un prisma sin igual, que retrata en sus cristales el nimbo de plata de una ondina.

Vengo del seno de la tierra; de aquella región maravillosa donde tienen su patria las hadas y los gnomos sus palacios, donde cada pensamiento es una nueva existencia y cada deseo una realidad y cada intento un triunfo.

Es con los candentes y majestuosos trazos del volcán como se escriben los anales del tiempo en inmenso libro de piedra. Es con los incesantes besos de las aguas como se lapidan las rocas, tallándolas en facetas que enumeran las edades.

¡Gran libro éste, siempre abierto y siempre elocuente!

* *

De las regiones misteriosas del ideal, vuelvo á la luz.

En loco torbellino floto sobre la superficie de las aguas, coronándolas, como penacho de blancas plumas.

El sol nos acaricia, el cielo azul nos sirve de dosel, la brisa nos besa.

Es la vida que mansa y dulcemente se desliza; la vida que pasa.

El placer y el dolor fueron piadosos.

Sobre mis cristales cae el sol, rómpense sus rayos entre las perlas del líquido manto, y un torrente de rubíes y esmeraldas cae cantando la música del ideal. Sus destellos quiebran la luz del sol de donde nacieron, y al correr sobre las ondas, van sonando los besos de la ondina que teje sus guirnaldas de perdrería en el lecho del río, mientras los gnomos arrancan las piedras preciosas de sus alcázares misteriosos.

* *

Canto á la brisa que pasa, al cálido aliento de los campos que me saluda, al cielo azul que se retrata en mis ondas, á los árboles que al mojarse en mi corriente preguntanme amorosos de dónde vengo y adónde voy.

Vengo de un lugar desconocido, de un antro mis-



VENDEDORA DE FLORES EN LONDRES, cuadro de la señorita G. H. Fould

terioso, donde nació a la vida al beso de una fuente con los jaspes de una roca.

Voy corriendo en busca de un lugar, recuerdo de aquel donde nació. Quiero morir al beso de la inmensidad.

La vida es para mí caminar sin tregua, torbellino sin descanso, ansia de vida, que sólo se aplaca con la muerte, tránsito hacia el ideal.

Cesó el canto.

El agua se detiene un momento; corre de nuevo, de prisa, más de prisa.

El abismo la atrae.

* * *

De pronto calla, ya no suena; parece temerosa y débil.

Llega, la espuma forma un nimbo tornasolado, bajo el cual corren de nuevo las aguas hacia lo grande, lo indescriptible, lo inmenso. Cantan roncamente:

— Quiero retroceder y no puedo.

Al choque de mis cristales, no suenan los ritmos y armonías de siempre.

La melodía infinita de los días serenos y de las noches plácidas, se ha trocado en sordo rumor de tormenta y de batalla.

Es la inmensidad en la que me precipito y me confundo.

¡El mar! ¡El mar!

EMILIO DUGI.

RECUERDOS DEL TRANSVAAL

I

LUIS BOTHA

El general Luis Botha no tendrá sin duda la gloria popular de Cristián Dewet, y la cualidad de su genio no ofrece ese brillante aparato que seduce las imaginaciones y conmueve los corazones sensibles a la magia de las aventuras.

Tal vez tampoco tiene esa inagotable variedad de invenciones, ese ingenio lleno de recursos, esa rapidez en la osadía y sobre todo esa manera de desafiar al destino que ha hecho entrar para siempre en la esfera de la leyenda heroica al famoso jefe de los ejércitos del Estado libre.

Pero Luis Botha, si no ha tenido ocasión de gastar su energía en brillantes proezas, ha debido realizar una misión quizás más difícil: la de sostener por un esfuerzo de cada día, una lucha a menudo obscura en la que se aliaban contra él las fuerzas de la naturaleza y el encarnizamiento de sus enemigos.

Mientras Dewet recorría los campos familiares del Estado libre, despertando el entusiasmo y encontrando abnegaciones en todas partes, Botha, contra quien se acumularon durante diez meses todos los esfuerzos de los principales militares ingleses, se encontraba acorralado en una región estéril y montañosa, acosado sin cesar por el grueso de las tropas, encerrado entre el ejército invasor y las fronteras de la colonia portuguesa.

Algún día se sabrá la existencia terrible y aflictiva que han llevado los soldados de Botha desde el día en que fué evacuada Pretoria, y la historia se preguntará cómo han podido esos hombres soportar durante tanto tiempo una situación semejante.

Botha era el hombre indicado para ese heroísmo paciente y sedentario, más penoso seguramente que el heroísmo de los movimientos accidentados, del mismo modo que lo es Dewet para las marchas atrevidas; porque Luis Botha posee hasta la abnegación esa virtud de tenacidad que caracteriza a la raza holandesa.

Además, es ante todo un dominador de almas, y

únicamente el culto que le profesaban los jóvenes de la república invadida explica la resistencia formidable que durante tantos meses pudieron oponer a los

más, pues con su energía comunicativa ganaba cada día una batalla sobre el tiempo y daba a Dewet ocasión para continuar sus guerrillas.

Gracias a esta fuerza interior, Botha fué en muchos casos un general incomparable. En la batalla de Belfast, con un ejército diez veces menor que el inglés, tuvo en jaque durante tres días al enemigo, y ordenó por sí solo una serie de maniobras que, al decir de muchos oficiales ingleses, fueron verdaderas obras maestras de estrategia.

Sus tropas estaban dispersas en comandos en un vasto espacio y él desde lo alto de una montaña, en un sitio muy visible, mandaba todos los movimientos por medio de un telégrafo óptico.

En aquella época había consumido tanta energía que cayó enfermo, y a fin de septiembre hubo de resignar el mando en el general Viljoen.

Me consta que los ingleses entonces le ofrecieron un salvoconducto para que pudiera volver a Pretoria a fin de atender a su salud, diciéndole que pronto terminaría la guerra y que siendo su enfermedad larga, podía serle perjudicial la permanencia en el campo.

Pero Botha rechazó con energía el ofrecimiento.

Su esposa le propuso ir a su lado para cuidarle; mas también a esto se negó el caudillo boer.

En cuanto se hubo res-

tablecido, volvió a encargarse del mando del ejército transvaalense.

Cuando consideramos que ese hombre de treinta y ocho años, ese abogado literato, llevaba una existencia tranquila y modesta en su pintoresca quinta, no podemos menos de admirar con emoción ese espíritu de libertad y de patriotismo que por la virtud de una fe irresistible transformó en pocos días a los pacíficos ciudadanos de ayer en los héroes de hoy.

II

CRISTIÁN DEWET

La primera vez que oí hablar de Cristián Dewet fué en Bloemfontein, en junio de 1900.

El Estado libre acababa de ser declarado solemnemente colonia inglesa y Pretoria había caído en poder de lord Roberts.

Aquellos dos acontecimientos parecían señalar el fin de la guerra, y los vencedores celebraban ya ruidosamente el triunfo definitivo.

«Prepárese usted, me decían los oficiales ingleses; pronto se verificará en Pretoria la ceremonia de la anexión. No falte usted a esa fiesta.»

Pedí que me dejaran marchar y decidí en principio mi viaje con propósito de embarcarme un jueves. Pero de pronto, el miércoles por la mañana llega al club el capitán Crookshank, mi compañero de mesa, con una noticia que produce gran emoción entre los que allí estábamos: un tren procedente de Pretoria ha llegado a Bloemfontein acribillado de bombas.

— No podéis partir, me dijo el capitán; pues se ha dado orden formal de no dejar salir a nadie más que a las tropas.

— ¿Y la anexión?, le pregunté.

— La tranquilidad reina en las colonias de Su Majestad.

En todos los grupos oí pronunciar este nombre: «¡Dewet!»

Entonces supe que toda aquella alarma es debida a un tal Cristián Dewet, que se conquista de repente una gloria brillante y a quien los mismos ingleses no escatimaban su admiración.

Aquel Dewet ó de Wet, según unos carnicero de Pretoria, según otros abogado educado en Londres



EL GENERAL BOER LUIS BOTHA

ingleses los muchachos de quince a veinte años que componían el grueso de su ejército.

Luis Botha, como Krüger, como Dewet, como Steijn, es un místico; pero así como estos tres últimos son en cierto modo místicos exteriores, que en cualquier ocasión ponen de manifiesto su alma creyente en públicas plegarias, Botha es más bien un



EL GENERAL BOER CRISTIÁN DEWET

místico interior, que reserva las explosiones de su alma ardiente para las ocasiones solemnes, fuera de las cuales encierra su fe dentro de sí mismo.

Esto comunicaba, según parece, a su intimidad una fuerza atrayente de que algunos de sus oficiales me han hablado. Asimismo cuando Luis Botha, en un momento solemne había de despertar heroísmos, encontraba fuerzas a las cuales no resistían sus hombres.

No pudo conseguir victorias ruidosas; pero hizo



Los habitantes del Transvaal sacados de sus granjas é internados en los campos de concentración

y al decir de algunos rico propietario del Estado libre, acababa de surgir como un meteoro en la Historia.

Unos decían que era muy joven; otros, que era un viejo de barba blanca, de la generación de Krüger; en cuanto á mí, acabé por creer que se trataba de un mito.

Sin embargo, un oficial inglés que fué hecho prisionero y se evadió milagrosamente, me afirmó que realmente existía, que era un hombre esbelto, moreno, de barba fina, ojos chispeantes, sonrisa á veces burlona y perfecto caballero, que ejercía una autoridad napoleónica sobre sus subordinados y que podía tener de treinta y cinco á cuarenta años.

Pero fuese quien fuere, viniera de donde viniese, lo cierto es que era una amenaza perpetua para los ejércitos y que su nombre repercutía en todo el weldt.

Hasta que él surgió, en efecto, se disfrutaba de una relativa seguridad, salvo los casos en que los dos ejércitos se encontraban frente á frente, y al llegar la noche los ingleses se dormían, fatigado el cuerpo y tranquila la cabeza, y hasta la aurora descansaban impunemente: pero desde su aparición, cuando se oían en la sombra rumores desconocidos, los soldados vigilaban, cesaban las conversaciones y sólo se oía

murmurar: «¡Es Dewet!» Si aparecía en lo alto de los kopjes una luz inesperada, apagábanse los pálidos quinqués de las tiendas y todo el mundo exclamaba: «¡Dewet!» Y si el viento derribaba en algún camino las ramas de un árbol raro, todos buscaban la presencia de huellas que denunciaran á Dewet.

De modo que en aquel vasto desierto que se extiende á millares de leguas y en el cual surge de cuando en cuando una granja, un solo hombre seguido de algunos guerrilleros ha bastado para infundir un terror misterioso á todo un ejército diseminado, como si él solo fuese el alma invisible é impalpable de una patria que resucita.

Dewet tiene de treinta y cinco á cuarenta años, aunque parece más joven, y es moreno, de aspecto risueño.

Era granjero en el Estado libre, en donde poseía una de las tierras más fértiles. Al comenzar la guerra era un fieldcornet obscuro en quien nadie pensaba. En Kimberley se le confió la dirección de un co-

gún las necesidades de la guerra, fastuoso con sus prisioneros y sencillo con sus propios hombres, con rasgos de César y de Cincinato á la vez, ¿de dónde ha sacado ese personaje obscuro hasta poco tiempo



M. REITZ



M. SCHALK BURGER



El general LUCAS MEYER

Oficiales boers encargados de negociar la paz con los ingleses

mando, pero fuese porque su genio no se había revelado todavía ó porque no tuviera ocasión de ma-

ha, propietario de rebaños, las llamas del genio en que aparecen envueltos en la Historia los más grandes caudillos populares?

Ha creído simplemente en el destino místico de su raza, ha dejado crecer y condensarse en su alma el alma de su patria, ha despreciado la infamia del oro que ha suscitado esa guerra y al despreciarlo se ha atrevido á atacarlo sin temor. Después ha elevado su oración á Dios y se ha lanzado á la lucha; y por virtud del esfuerzo de su conciencia, de la preocupación constante de la justicia, ha encontrado la autoridad que dirige las cosas y la habilidad que las realiza.

JUAN CARRERE.



El campo de concentración del Winberg

nifestarle á las órdenes de otro, continuó siendo desconocido.

gleses y cuyos retratos publicamos en esta página

M. Schalk-Burger, presidente interino de la Repú-

Como complemento del anterior artículo del notable publicista francés, diremos algo de los delegados boers que actualmente están negociando la paz con los in-



El Comité rojo, cuadro de Luis Graner (Salón Parés)



Sopitas, cuadro de Luis Graner (Salón Parés)



LA ÚLTIMA HORA, cuadro de Luis Graner (Salón París)



blica Sudafricana, es hombre joven todavía, pero de consumada experiencia. Al comenzar las hostilidades era diputado; en 1898 presentó su candidatura a la presidencia de la República al mismo tiempo que Krüger y Joubet; durante el primer período de la guerra fué segundo comandante de Botha y tomó parte activa en las operaciones del sitio de Ladysmith, y al venir M. Krüger a Europa, asumió las funciones presidenciales.

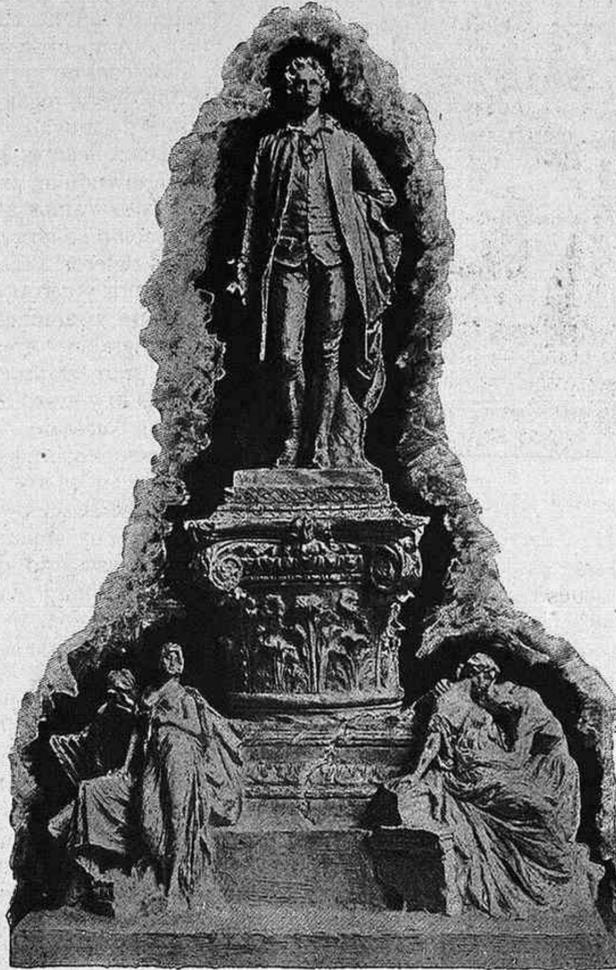
M. Reitz, jurisconsulto distinguido, ha ejercido la abogacía en Londres, y durante catorce años ha ocupado el cargo de jefe de justicia en el Estado libre de Orange. Elegido presidente de la República, dimitió el puesto en 1895, siendo substituído por M. Steijn.

El general Lucas Meyer es un militar de grande y merecida fama, á quien debe el Transvaal, entre otras cosas, la incorporación de un territorio de más de 1.000 kilómetros cuadrados al Noroeste de Zuluandia.

NUESTROS GRABADOS

Monumento á Goethe, boceto de Gustavo Eberlein.—El emperador de Alemania, queriendo dar una

prueba de afecto al pueblo de Roma y con él á toda Italia, ha encargado al célebre escultor berlinés Gustavo Eberlein el proyecto de un monumento que habrá de erigirse en la Ciudad Eterna al inmortal poeta Goethe, que como pocos ha sentido y cantado las incomparables maravillas de la naturaleza y del arte italiano. Sobre una base de tres gradas alza-se á modo de pedestal un capitel de columna corintia y sobre éste va colocada la estatua de Goethe; en los ángulos del zócalo hay tres grupos que representan la poesía lírica, la poesía dramática y la concepción filosófica del poeta, personificadas respectivamente por las figuras de Mignon y del viejo Lotario, de Ifigenia y Orestes y de Fausto y Mefistófeles. Todo es hermoso en este monumento, pero indudablemente lo que en él sobresale es la estatua del poeta, cuyo busto consideran los críticos alemanes como una de las obras más perfectas de Eberlein, con ser tantas y tan valiosas las que lleva producidas este artista durante su gloriosa carrera.



MONUMENTO Á GOETHE que el emperador Guillermo II, de Alemania se propone regalar á la ciudad de Roma, boceto de Gustavo Eberlein

Las primeras margaritas, cuadro de Emilio Haumont.—Impresionar con un asunto sencillo; lograr un efecto pictórico con una escena trivial en la forma; hacer sentir la fuerza del arte con una composición sobria, desprovista de toda gala, es labor sólo realizable por un artista que sienta hondamente, que aprecie en todo su valor la poesía que á veces se encierra en un tema al parecer insignificante. Y esta labor la ha realizado el pintor francés Haumont, cuyo cuadro *Las primeras margaritas* puede ponerse como modelo de ese género de pintura que, buscando la expresión del arte en toda su pureza, prescinde de artificios y traslada al lienzo lo que ve y tal como lo ve, cuidando, sin embargo, de no emplear su atención sino en aquello que por sus condiciones estéticas responde perfectamente á lo que debe constituir la verdadera finalidad artística.

La noche, cuadro de José M.^a Tamburini.—Sea cual fuere la obra que ejecute este distinguido pintor catalán, siempre llevará impreso el sello de su personalidad, distintiva por la delicadeza del concepto y de la gama especialísima de su paleta, que tan admirablemente se armoniza con los temas representados. Tan artista como pintor, aparecen sus producciones inspiradas en temas ó asuntos en que domina el sentimiento y la poesía, sin recurrir á efectismos y á rebuscamientos. Su hermosa alegórica representación de la Noche es expresión fidelísima de ese modo especial de ser del artista, que cautiva y encanta cual todas sus producciones, inspiradas, según decimos, en nobles ideales que responden á los elevados conceptos artísticos perseguidos por aquellos que, como Tamburini, preocupan de la misión que el artista debe cumplir en beneficio de la cultura general.

Vendedora de flores en Londres, cuadro de la señorita G. H. Fould.—El tipo pintado por esta distinguida artista responde perfectamente á la idea que tenemos formada de lo que debe ser una vendedora de flores: oficio es éste que sólo concebimos ejercido por muchachas bonitas, frescas, alegres, y así es en efecto, porque aun cuando haya excepciones, sabido es que éstas no hacen más que confirmar la re-

gla general. Desde este punto de vista, pues, la figura del cuadro de la señorita Fould es digna de los mayores elogios, ya que en ella admiramos esa belleza, esa frescura, esa alegría que indudablemente forman la característica del género que personifica; pero además son de alabar en ella la naturalidad y la corrección con que está ejecutada, cualidades que avaloran no poco la belleza de una obra como la que reproducimos.

La última hora.—El Comité rojo.—Sopitas, cuadros de Luis Graner.—Es Luis Graner uno de los pintores de nuestra región quizás más discutidos y tal vez aquel cuyas obras han suministrado elemento para la crítica de menor cuantía. La causa determinante ha tenido, sin duda, origen en la rápida transformación del pintor, que en espacio brevísimo y desde modesta esfera pudo ascender al nivel de aquellos que cobran personalidad y se separan del montón anónimo. Que en las producciones de Graner pueden observarse deficiencias y defectos, no lo negamos, pero no cabe rechazar la afirmación de que por su solo esfuerzo ha podido alcanzar ese concepto que enaltece y glorifica, que el público concede y la crítica consagra. Cuando allá, en los albores de su carrera artística, dió á conocer sus interesantes cabezas de borrachos, se reveló por el concepto y por la tónica especial que tendía á singularizarse. Posteriormente, y á impulsos de la evolución, se ha ido convirtiendo en pintor de tendencia socialista, en el buen sentido de la palabra, y sus lienzos son trasunto fidelísimo de tipos y cuadros que constituyen el modo de ser de ese cuarto estado, que tan importante papel desempeña en nuestra época en los grandes centros de población, en donde la masa obrera es el factor principal de problemas que preocupan á los estadistas. Véase su producción, examínense sus numerosas

obras, y en todas ellas hállase reflejada esa tendencia que tantos triunfos ha reportado al excelente pintor belga y amigo querido León Van Aken. Vivo está todavía el recuerdo de su gran lienzo *La herrería*, que figura en el Museo Municipal de nuestra ciudad y más latente el de la notable exhibición de varias de sus obras que figuraron en el Salón París. De aquella interesante colección formaron parte las tres que reproducimos, una de las cuales, *El Comité rojo*, ha sido adquirida por el Estado y actualmente se habrá colocado en el Museo Nacional. Entendemos que Luis Graner llena cumplidamente la misión del artista, que, como el escritor, deben legar á la posteridad el espíritu y el modo de ser de la sociedad en que vivieron, y por lo tanto es digno del aplauso y de la consideración general.

El coronel ruso Grimm.—Gran emoción ha causado en el mundo militar y diplomático, sobre todo en Rusia y Francia, el asunto cuyo protagonista es este coronel ruso acusado de delito de alta traición por haber entregado á Alemania importantes documentos relativos á la defensa nacional y á la movilización de los ejércitos de aquellas dos potencias aliadas. El coronel Grimm ingresó en el ejército ruso en 1876, cuando apenas contaba 16 años, conquistándose desde luego el aprecio de sus jefes por su inteligencia y laboriosidad. En 1885 entró en el Estado mayor y fué enviado á Varsovia, agregado al 15.º cuerpo, con la misión delicada de ponerse en contacto con personas sospechosas de espionaje, fingirse cómplice de ellas y obtener, á cambio de informes sin importancia ó falsos, noticias verdaderas. El gobierno, que le había dado carta blanca para el desempeño de esta misión, se mostró durante algunos años muy satisfecho de sus servicios; pero un día supo Rusia por sus espías que Alemania modificaba sus planes de movilización á medida que el ministerio de la Guerra ruso variaba los suyos, y comprendiendo que esto sólo podía ser consecuencia de una traición, el gobierno tomó tan bien sus medidas, que al poco tiempo era detenido el coronel Grimm, convicto y confeso de su delito.

Un oficial de gendarmería practicó un minucioso registro en el domicilio de Grimm, y habiendo encontrado en un cajón secreto las pruebas de su traición, pidió explicaciones al coronel, el cual solicitó media hora para reflexionar y coordinar sus recuerdos. Negóse el oficial á concederle este plazo, y entonces Grimm escribió en un pliego de papel toda la historia de su traición, enumerando al mismo tiempo los documentos que había entregado. En su relato confesó que si entregó estos documentos lo hizo obsesionado por la pasión que le había inspirado la viuda del coronel Bergstroem. «Para llegar hasta ella —ha dicho— necesitaba ser rico, y como carezco de fortuna personal, caí en la tentación en 1895. Todo el dinero que mis revelaciones me producían era para esa mujer que me servía de intermediaria con los agentes alemanes, con quienes se avisaba unas veces en Alemania y otras en Niza.»

Además del coronel Grimm y de la viuda Bergstroem, han sido detenidas más de sesenta personas complicadas en el asunto. Se dijo que el coronel había sido fusilado, pero la noticia no resultó cierta y aun parece que no sufrirá la pena de muerte,

pues el código militar ruso castiga el delito por aquél cometido con la pérdida de los derechos civiles y políticos y el destierro á Siberia.

Pescadoras de almejas, dibujo original de Rafael Senet.—A la galantería del distinguido artista Ra-



EL CORONEL RUSO GRIMM acusado del delito de alta traición

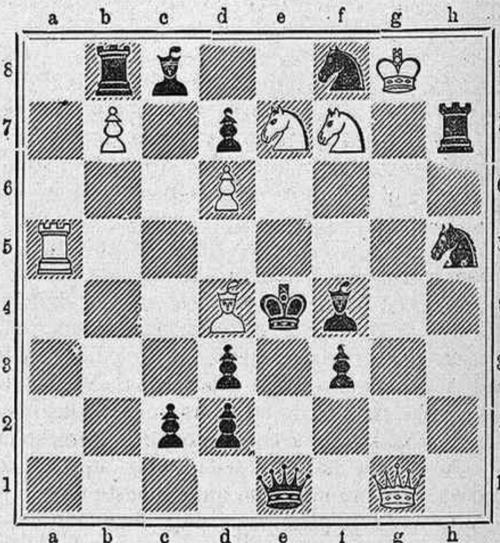
fael Senet debemos la ocasión de poder dar á conocer á nuestros lectores uno de sus dibujos que enriquecen sus carteras de apuntes, recuerdo de su prolongada estancia en la poética ciudad de las lagunas, que tantos atractivos ofrece para los artistas. El pintor á que nos referimos forma parte de esa pléyade de artistas que, establecidos en extranjero suelo, honran al arte patrio por sus especialísimas condiciones y laboriosidad. No es un pintor novel. Allí, en Venecia, ha logrado alcanzar una envidiable reputación, justamente merecida por sus cualidades de brillante colorista.

Teatros.—Barcelona.—Se ha estrenado con buen éxito en el Eldorado *Enseñanza libre*, zarzuela en un acto y cinco cuadros de los Sres. Perrín y Palacios, música del maestro Jiménez. En el Liceo se ha cantado *Tanhausser*, en cuya ejecución han obtenido grandes aplausos la señora Carrera y muy especialmente el Sr. Blanchart. La sociedad Filarmonica que con tanto acierto dirige el Sr. Crickboom ha dado en el teatro de Novedades dos notables conciertos, en los cuales ha tomado parte el eminente pianista Rissler, que ha conseguido entusiastas ovaciones en todas las piezas que ejecutó. En el teatro Granvía funciona una compañía de declamación valenciana, dirigida por el conocido actor D. Manuel Llorens.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 277, POR N. SARDOTSCH.

Negras (13 piezas)



Blancas (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 276, POR A. DECKER.

- | | |
|------------------|---------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. R g2—f2 | 1. R toma Pd4 |
| 2. R f2—e2 | 2. R d4—e5 |
| 3. R e2—d3 | 3. R toma P. |
| 4. R d3—d4 mate. | |

VARIANTES.

- 2..... R d4—c3; 3. Ae7—c5, etc. R d4—c4; 3. Db1—d3 mate. e6—e5; 3. Db1—d3 mate.
- 1... P toma Pf5; 2. R f2—e3, f5—f4 jaq.; 3. P toma P, etc. 1... e6—e5; 2. R f2—e2, e5—e4; 3. Re2—e3, etc. 1... R c3—d2; 2. Db1—b3, e6—f5; 3. Ae7—g5jaq. etc. 1... R c3—c4; 2. R f2—e3, cualquier; 3. D mate.

LA DOTE DE PASCUALINA

(AU COIN D' UNE DOT)

NOVELA DE LEÓN DE TINSEAU. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Olfateando un curioso de categoría más elevada que los visitantes domingueros, Pascal, que tomaba el aire en la azotea, bajó, ó mejor dicho, *cayó* á través de los seis pisos merced al ascensor-relámpago, y acercándose al desconocido, le preguntó si necesitaba una habitación.

- Sí, señor, dijo Codoero, algo desconcertado por aquella extraña manera de pescar inquilinos. Precisamente rescindí el contrato de alquiler de mi habitación la semana pasada.

- Caballero, dijo Pascal, tengo una docena á escoger; pero aun cuando ninguna le conviniera, le estimaré dé un vistazo á la casa. Cuestión de veinte minutos.

Bucilly, que no sabía en qué emplear las horas, aprovechó gustoso la ocasión de perder veinte minutos. Siguió á su guía, no sin preguntarse con angustia: «¿Quién será este personaje? ¿Le ofenderé dándole luego una propina? ¿Se pondrá furioso si no se la doy?» Todo el santo día, el tímido Codoero veía su vida envenenada por dilemas de esa especie, que parecían surgir delante de él por malicia.

Dos horas después, aún se hallaba en el Building. Decir que estaba maravillado, sería poco decir; estaba aturdido, porque en materia de progreso moral y material, su inexperiencia corría parejas con la de un niño.

- Lo que acabo de ver, confesó, es una de las curiosidades del París moderno. ¿Cómo es que los periódicos no han hablado de ella?

- No han recibido dinero, contestó Pascal. Nuestro principal objeto no consiste en encontrar inquilinos. Hasta diré que no nos corre prisa al tenerlos: el público no podría visitar habitaciones ocupadas y nosotros deseamos que el público vea y compare. La rutina parisiense, por sólida que sea, se dejará vencer por la evidencia. Entonces la revolución de que somos los apóstoles habrá empezado en nuestras costumbres, en el mecanismo de la vida. Nuestro programa se incluye en dos palabras: *vida rápida!* ¿Ha calculado usted el número de horas que el solo hecho de habitar esta casa ahorraría diariamente á usted, á su familia, á sus criados? ¡Sin fuego que encender, sin lámparas ni quinqués que preparar, sin cartas que llevar al correo, sin conversaciones interminables en las tiendas!.. Esto representa un criado ó una criada menos en su servicio. Usted mismo pasa un promedio de diez minutos cada día en subir y bajar la escalera de su casa. Lo cual equivale á una pérdida de cinco horas cada mes, de cinco días cada año y de un año en la vida de un hombre, pérdida que el ascensor-relámpago suprime. ¡Calcule el resultado en la vida de un pueblo!

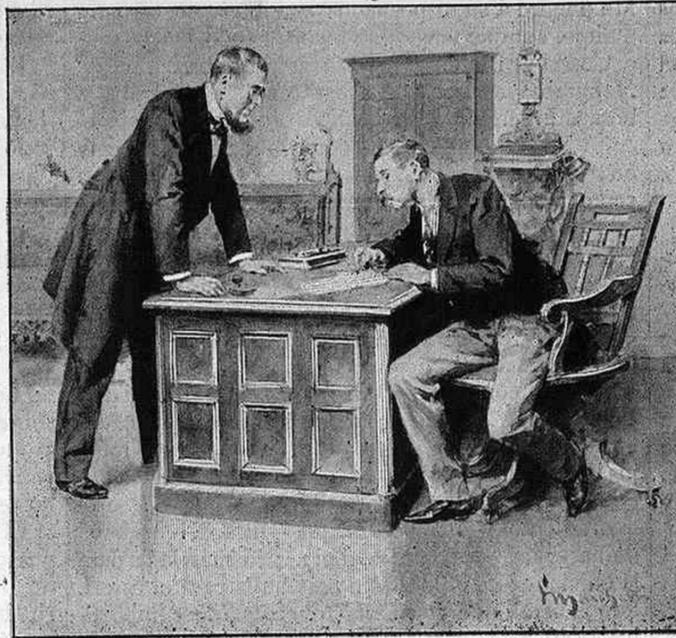
- ¡Es positivo!, balbuceó Codoero aplastado por aquellas cifras. Son cosas en que uno no piensa.

- Pero, señor mío, continuó el apóstol de la *vida rápida*, animándose; el ascensor no es nada. ¡Cuántas cosas no le haría yo descubrir si penetrase con usted en el misterio de su vida íntima! ¿No ha tenido usted nunca lástima de la parsimonia de las instalaciones europeas, de la cohibición, de la molestia mutua?.. Sin hablar más que de su baño: aquí lo toma usted en cinco minutos, sin que le cueste un céntimo. Tomado fuera, implica la pérdida de una hora, con un gasto de dos francos. Sí, como no dudo, le gusta tomar cada día su baño, tiene usted treinta ó cuarenta luises disponibles. Y si, como espero, tiene una numerosa familia, llegamos á una economía de varios miles de francos.

- ¡Parece mentira!, declaró Bucilly. Sin embargo, es aritmética pura. El hombre cuyo nombre flota allá arriba, el gran pensador Maugrabin, no es un ser ordinario; puede usted decirse de mi parte, con mis plácemes.

- Acaba usted de decirse á él mismo, dijo Pascal, con una modesta sonrisa. Soy Maugrabin en persona: Pascal Maugrabin. ¿Podré saber, á mi vez, el nombre de la persona inteligente que habrá comprendido todas las promesas de renovación social contenidas en mi Building?

Bucilly entregó su tarjeta, rebotando satisfacción. A veces habían elogiado la firmeza de sus principios, la regularidad de sus costumbres, su constitución sana, si no robusta, el honroso pasado de su familia. Pero nadie le había felicitado nunca por su inteligencia. Es más; gracias á las lecciones de modestia que había recibido, primero de su madre y luego de su



escribió en uno de los contratos: «Edmundo José Codoero de Bucilly»

mujer, había llegado á creerse sinceramente pobre de espíritu. Maugrabin, después de haberle deslumbrado, acababa de conquistarlo. Veinte segundos después, se encontraban en el sexto piso, el único ocupado - ocupado, como habrá adivinado el lector, por el propietario mismo. - Después de haber instalado á su visitante en un *rocking*, cuyo subido balance le hizo dar un grito, el reformador de las costumbres parisienses continuó su conversación:

- Sí, señor, me llamo Maugrabin, soy oriundo de Marsella, de donde salí á los doce años de edad para la América del Norte y recién regresado á Francia, después de haber hecho mi fortuna. Soy viudo; tengo una hija casadera llamada Pascualina. No hace más que ocho días que nos hallamos instalados - á nuestro gusto por fin - en esta casa, copiada sobre los modelos más recientes de Chicago y Nueva York.

- ¡Instalados en el sexto piso!, dijo Bucilly con un gesto discreto.

- Habla usted como parisiense. ¿Qué era antes el sexto piso, con relación al primero? Una habitación á que se llegaba con seis veces más de trabajo. Con el ascensor, que suprime el trabajo, es una habitación en que se encuentra seis veces más aire y luz. Si hubiese un duodécimo, lo hubiera tomado para mí, como lo habitaba en América. Pero un reglamento de policía urbana, digno de la Edad Media, limitó mi elevación. La rutina hasta se encuentra en el poder.

- Según eso y para ser lógico, dijo Codoero sonriendo, debiera usted poner sus pisos tanto más caros cuanto más próximos al cielo.

- ¡Pues eso es lo que hago! El primero relativamente, es de un precio inferior. No es, como en otras partes, el cuarto *chic* de la casa.

- ¡Yo me contentaría con él!, suspiró Bucilly. Pero el alquiler, por pequeño que fuese, no estaría seguramente al nivel de mi presupuesto.

- ¡Cómo! ¿Usted busca un piso? ¿De veras? ¿No era un pretexto para visitar la casa?

- ¡Yo no miento nunca, caballero!

- Ni yo tampoco, dijo Pascal... Es decir, enmendó riendo, no he mentado desde que soy viudo. Cuando vivía mi mujer, no me importaba decir alguna que otra mentira, no para disimular mi mala conducta, pues yo era modelo de maridos, sino por ahorrar discusiones y ganar tiempo. Pero volvamos á la cuestión. ¿Le gusta á usted el primer piso de mi casa?

- Mucho, afirmó cortésmente Codoero. Pero no hay que pensar en tal cosa, á causa del precio.

- Hablemos como hombres. ¿Cuánto paga usted ahora de alquiler?

- Pago demasiado, confesó Codoero, poniéndose encarnado como la grana, pues precisamente le despedían porque no pagaba lo bastante.

- ¿Busca usted la economía? Pues entonces, habrá medio de entendernos. Usted es el hombre que yo quisiera para primer inquilino de mi casa. Ya he dicho á usted que no la considero como un negocio. La he construido como otros compran un yate. Pongamos números.

- Es que... mi esposa, porque soy casado y padre de familia, mi esposa ha estado siempre... muy apegada á su manera de ver.

- Lo cual no impedirá que se alegre mucho de que le regale usted alguna sortija ó pulsera de mucho valor con motivo de tal ó cual cumpleaños. Será la primera en decir que alquilando mi primer piso le hace usted un regalo. Vamos á visitarlo otra vez; verá usted cómo es un regalo.

Se dirigieron al ascensor, que se precipitó en un abrir y cerrar de ojos. La baja estatura, el aire vivaracho y la mirada penetrante de Maugrabin formaban curioso contraste con la gran estatura de Bucilly, con su rostro afilado y aturdido, con su cuello largo y flexible. Cualquiera observador que les hubiese visto en la jaula de cristales, hubiera pensado en el ave de rapiña que se deja caer hacia el suelo, agarrado á la garza torpe que se ha dejado coger en la altura. El

mismo Codoero, asustado de verse dominado por un ser superior, hubiera querido huir; pero ya era tarde. Comprendase que, en el caso presente, entre el halcón y su presa no había más que una simpatía muy desinteresada. Pascal Maugrabin se había metido en la mollera que aquel hombre suave y bueno, abierto al asombro, de fácil admiración, nada desdenoso para el plebeyo enriquecido, iba á ser su primer inquilino. Quería que fuese aquél y no otro, como había querido construir su casa americana, como había querido poseer algunos cuadros carísimos, sin reparar en el precio.

Y no sólo quería cerrar el trato con Codoero, sino que quería cerrarlo á la americana, es decir, en el acto. Por segunda vez y con mayor elocuencia que antes, exhibió su primer piso, puesto que Bucilly, apegado todavía á la rutina, se obstinaba en preferirlo. Maugrabin hizo maniobrar todos los grifos, todas las básculas del servicio de aguas, todas las tuberías de los caloríferos de vapor, todas las comunicaciones de las lámparas eléctricas. Hasta puso en movimiento el salón de fiestas, alumbrando todas las arañas con sólo apoyar el dedo en un resorte y obligando á Codoero á medir el espacio enorme: tantos pasos de largo por tantos de ancho, salón capaz para cien parejas.

Terminada la visita, volvieron ambos al despacho de Pascal, donde éste preguntó:

- ¿Cuánto puede usted pagar de alquiler?

Codoero calculaba que el piso podía rentar siete mil francos. Para escapar al encanto peligroso y tentador que le invadía, articuló una suma muy inferior, tres mil quinientos; esperando que esta cifra pondría fin á la conferencia.

Maugrabin se sonrió, muy contento al parecer.

- Caballero, dijo éste, no soy ningún especulador, ó mejor dicho, no lo soy ya. Si hubiese querido continuar acumulando dinero, no hubiera salido de Nueva York. Mi hija quiso ver á Francia. Cinco años atrás, no la hubiera escuchado. Entonces tenía yo un sobrino que pensaba ver convertido un día en uno de los *business men* más notables de los Estados Unidos. Mi esperanza se vió frustrada.

- ¿Murió?, preguntó Codoero con un compungido cortés.

- No, contestó Maugrabin, cuyo rostro adquirió súbitamente una expresión de dureza. Vive, al menos lo supongo. Pero se portó como un ingrato. No quiero volver á oír á hablar de él. Todos los que me

rodean lo saben... Dispéñseme usted esta digresión y terminemos el asunto. Propuso usted tres mil quinientos francos. Probablemente será porque no puede pagar más. El piso vale el triple; pero aquí tiene usted mi contestación.

Esto diciendo, le tendió la mano. Codoero, en un segundo, como el hombre que se ahoga, desarrolló en su imaginación desesperada un mundo caótico de pensamientos diversos.

«¿Por qué he venido? — pensaba. — Hace dos horas que ese buen señor se molesta enseñándome su piso. Acepta mi precio. ¿Cómo irme? ¿Qué va a pensar de mí?» Al pobre le parecía que aquella ancha mano hacía media hora que solicitaba la suya. Cerró los ojos y *chocó*, colorado como una muchacha a quien acaban de hablar de amor por primera vez a solas. En el fondo esperaba, como todos los espíritus débiles, que algún milagro le libraría de las consecuencias de su debilidad. Pero con Maugrabin, los milagros no tenían tiempo de operarse. Ya estaba sacando del cajón de una mesa unos formularios impresos, y saboreó al fin, después de los sesenta años bien cumplidos, un placer nuevo en su existencia: el de hacer firmar un contrato de alquiler de uno de los pisos de aquella casa imaginada por él, construída por él, pagada por él. Codoero, al ver lo que se preparaba, sintió un sudor frío en las sienes.

— Quisiera, balbuceó..., pensarlo un poco...

Maugrabin, con severa mirada, preguntó:

— ¿Es una manera de desdecirse? Yo siempre había pensado que un apretón de mano, entre *gentlemen*, vale todas las firmas del mundo.

— Y así es, Sr. de Maugrabin. Sin embargo, ¿no nos precipitamos un poco para un asunto de tanta importancia?

— ¡Que nos precipitamos!, replicó Maugrabin riendo a carcajadas. ¡Y hace dos horas y veinticinco minutos que estamos aquí! En mi vida empleé la cuarta parte de ese tiempo para terminar un negocio, aunque se tratase de un millón de dólares.

— No sé lo que es un millón de dólares, suspiró Bucilly. Pero sé lo que es una mujer. Temo que la mía...

— ¿Teme usted que su señora le desaprobe, cuando le ponga esta noche en el plato el presente más útil que habrá recibido en su vida? Por una cantidad insignificante tiene usted alojamiento, calefacción, luz...

— ¿También luz?

— Claro que sí. Fabrico mi electricidad para mí y para mis inquilinos. Si quiere, puede alumbrar sus habitaciones día y noche.

Codoero recordó las dificultades recientes que había creado la factura de un mes de alumbrado. Tomó la pluma balbuceando la palabra *gracias*.

— No me dé usted las gracias, dijo Maugrabin. Únicamente le suplico que no divulgue las condiciones del presente arrendamiento, porque habría aquí una verdadera invasión de pretendientes. Puede usted vanagloriarse de ser el hombre que a proporción paga menos de alquiler entre los dos millones de habitantes de la capital.

Con su letra lenta y esmerada, el primer inquilino del Building escribió en uno de los contratos duplicados: *Edmundo José Codoero de Bucilly*. Metiéndose el otro en el bolsillo, pudo al fin retirarse. Pero era incapaz de encontrar la puerta, y al pisar de nuevo la acera de la avenida, daba traspiés como un hombre ebrio.

Minutos después se dejó caer en un banco solitario del Ranelagh, sin saber cómo había ido a parar allí. En su caja ósea que, en aquel momento, le parecía de una magnitud desmedida, sentía flotar un cerebro sumamente pequeño. Aquel ascensor delirante, que había jugado a la pelota con su pobre cuerpo fatigado, aquel salón cuyo suelo móvil subía y bajaba, como la cubierta de un buque sacudido por las olas, aquel paso brusco de la luz de las lámparas eléctricas al sol de Dios, y sobre todo la fachanda inspirada, rabiosa a veces, de Maugrabin, ponían a Bucilly en un estado que participaba de la embriaguez y del mareo.

En medio de aquel caos, subsistía un hecho tangible y real. Codoero sentía en su bolsillo cierto papel todavía húmedo de la letra de Maugrabin. Palpaba con un movimiento maquinal aquella hoja doblada en cuatro, preguntándose por qué desviación de su voluntad acababa de firmar, él solo, un arrendamiento por tres años, cuando nunca había tomado un palco de teatro sin que su mujer lo encontrase a su gusto.

En aquel momento, le tenía cierta tirria a Maugrabin por haber abusado de la superioridad de su fuerza moral. Tentado estuvo de ir a quejarse a la policía, cuya misión consiste en proteger al débil contra el fuerte. Experimentaba respecto a sí mismo

una compasión tan profunda, que se le velaron sus ojos. «¿Por qué me dejan salir solo?» pensó. Pero, ¿de qué le servía quejarse? El mal estaba hecho.

Una especie de risa convulsiva sacudió sus hombros flacos, mientras veía de antemano, en su imaginación, todas las peripecias del drama. La situación era cómica por lo inesperada. Beltrana iba sin duda a experimentar el asombro más considerable de su existencia cuando su marido fuese a decirle: «No busques ya habitación; tengo una. Aquí está el contrato que firmé hace una hora...» Cerró los ojos, vislumbró la escena y pensó que no le dejarían dormir aquella noche cuyas sombras empezaban a flotar bajo los árboles.

Pero se le ocurrió una idea que por un momento volvió a infundirle ánimo. «A pesar de todo, ese Maugrabin es una excelente persona. Nadie podría decir que le domina el interés: el negocio que acaba de concluir no es muy brillante para él. Quizá me devuelva mi firma si se la voy a pedir cortésmente. Me pondré a su disposición para buscarle otro inquilino, aunque tenga que recorrer todo París.»

Corrió al Building; pero el cielo estaba contra él: Maugrabin acababa de salir. Como se acercaba la hora de regresar a su casa, se encaminó hacia el Arco de Triunfo, con el corazón oprimido y muy humilde en presencia de sí mismo. Sin embargo, su cerebro seguía trabajando, buscando un medio de salir del apuro. Quizá el contrato adolecía de algún vicio de forma que le eximiese de su cumplimiento. Conocía a fondo el Derecho. No pudiendo aguardar más, para formar concepto entró en un cafetín de la avenida Kleber, pidió un «aperitivo» que no probó y volvió a leer su contrato.

¡Ay! El compromiso, más corto, más desembarazado de farrago que los contratos ordinarios, era firme como una roca; pero aquella roca tenía reflejos de piedra preciosa. El rostro de Bucilly se iluminó con una semisonrisa. Por más que dijese el mundo entero — y aún la misma Beltrana, — acababa de hacer un excelente negocio. ¡No más leña para la chimenea del salón! ¡No más hulla para el calorífero general, que consumía toneladas de combustible! ¡No más petróleo para los quinqués, siempre nauseabundos! Un piso más vasto que el antiguo, calefacción gratuita, alumbrado a discreción; Maugrabin iba a surtir de todo por una cantidad tan mínima, que Codoero sintió que se ponía otra vez encarnado; pero esta vez era de vergüenza. «Acabo de aceptar una limosna,» pensaba.

Menos agobiado, pagó sus cincuenta céntimos y continuó su camino. Pero al llegar cerca del domicilio conyugal, volvió a sentir la angustia del miedo. Viendo en un colmado un pastel de perdices, creyó oportuno y hábil comprarlo. A Beltrana le gustaban los manjares delicados, sin ser más golosa de lo que convenía a una buena cristiana. Acordóse de un verso francés de *Atalia*, que dice, traducido en prosa castellana: «Creí que su cólera se calmaría con presentes...» y pasó a la caja. Al verle tan turbado, la cajera aprovechó la ocasión para meterle en el cambio una moneda italiana, aquel día la mala suerte se cebaba en él.

Al ver llegar a su esposo, ligeramente perfumado, la señora de Bucilly miró la hora.

— Empezaba a pensar, dijo con aspereza, que no te acordabas de comer.

— No me olvidé de la comida, de la comida *tuya*, amiga mía, y te convencerás de ello cuando te sientes a la mesa.

Una sonrisa tan poco natural que causaba tristeza trató de animar el rostro del honrado Codoero. Pero su mujer, sin mostrar el menor interés por la sorpresa anunciada, hizo la pregunta de todos los días:

— ¿Qué has hecho toda la tarde?

— He visitado cuartos disponibles, dijo frotándose las manos como un atleta que va a entrar en lucha. Figúrate que cerca de la Muette...

— ¡La Muette!, interrumpió Beltrana con una carcajada despreciativa. ¿Por qué no Courbevoie ó Surresnes? Pero se me figura que pronto podrás evitarte esas molestias inútiles. Tengo entre manos una habitación mucho más cerca. Si hubiese escuchado a Carlos, sería cosa hecha. Sin embargo, no hemos dado una contestación definitiva.

«¡Ay! — pensó Codoero; — la contestación definitiva está dada, pero no lo sospecha. ¡Qué escena vamos a tener, dentro de un instante, cuando vea el contrato firmado... cerca de la Muette, más allá de la Muette!»

Y preguntó en alta voz:

— ¿En qué barrio se encuentra la casa que pensabas tomar?

— Que *pienso* tomar, querrás decir. En el barrio Marbeuf. Ya hubiera cerrado el trato, si no estuviese tan lejos de la iglesia.

— Hay otra objeción, se arriesgó a decir Bucilly. El barrio Marbeuf está lleno de actrices, de... mujeres ligeras, en una palabra...

— ¿Qué sabes tú?

— Por lo que a mí toca, lo ignoro. Pero falta saber si Carlos...

— ¡Ya me lo esperaba! No estás satisfecho si no acusas a Carlos.

— Amiga mía, he tenido varias veces otra satisfacción: la de pagar sus deudas. Precisamente por eso...

Con un gesto imperioso, Beltrana impuso silencio al orador imprudente. Un criado acababa de abrir la puerta.

— El señorito Carlos no ha venido todavía. ¿Se puede servir?

— Hay que esperarle, ordenó la señora de la casa.

— ¿Quieres saber una cosa?, continuó Codoero al volver a encontrarse solo con su mujer. Lo que más me preocupa no es la cuestión del cuarto. ¿Qué más tiene que vivamos en el barrio Marbeuf ó en la Muette? Nunca podremos ponernos a flote hasta que nuestro hijo se case.

Esta sabia diversión, cuyo motivo no podía adivinar la señora de Bucilly, coincidía con la manera de pensar de esta última. El joven Carlos, catequizado por su amigo Leroy, no sólo se resignaba a la idea de un matrimonio reparador, sino que fácilmente había convertido a su madre a la misma idea. Pero, según el sistema de gobierno establecido por Beltrana, era inadmisibles que el cabeza de familia tuviese idea alguna.

— No tienes en cuenta que tu hijo es muy joven.

— ¡Muy joven!, repitió Bucilly con amarga sonrisa. Tiene veintinueve años. Yo tenía veintitrés cuando mi madre concibió temores — poco justificados — sobre mi porvenir. Para salvarme de los extravíos de la juventud, me dió una compañera. Era un preservativo; en el caso presente, tenemos necesidad de un remedio.

El parlamento hubiera tenido una elocuente respuesta de parte de la «compañera» de Codoero, si no hubiese parecido su hijo. Demasiado imbuído en las buenas formas para preocuparse de la hora que podía ser, entraba, volviéndose a poner las sortijas después de una rápida ablución. Como acababa de apearse de su *dog cart*, ni un salpicón del lodo de noviembre había manchado el charol de sus botas puntiagudas.

— ¡Me muerdo de hambre!, acentuó con voz lánguida y afeminada, que tenía el don de cautivar a muchas mujeres, empezando por su madre.

Como el *roastsbeef*, después de una larga espera perniciosa, estaba pasado, el señorito declaró que no podía comer aquella suela de zapato. A una señal de Codoero, fué servido el pastel de perdices, la sorpresa.

— ¡Como si hubiese previsto el mal éxito del asado!, dijo en broma el donante, estirando el cuello entre las agudas láminas del de su camisa.

Quiso trinchar él mismo su ofrenda.

Carlos leía con frialdad el nombre impreso por el molde en la tapa.

— ¿Dónde diablos ha encontrado eso mi padre?, dijo quitándose los lentes.

— En la Muette, contestó la señora de Bucilly. Tu padre hace sus provisiones en barrios muy excéntricos.

— No hay más que una casa en París para los buenos pasteles de ave, afirmó el señorito; Fulano de Tal, cerca de la Bolsa. Allí debió usted ir a comprarlo.

— ¡Bueno!, contestó mortificado Codoero. Cuando tenga un *dog cart* y un buen caballo a mi disposición, no me importará ir lejos.

Después de haber tomado un bocado de pastel, Beltrana hizo retirar el plato.

— Te has dejado engañar como siempre, dijo ella con un ligero movimiento de hombros. No se puede comer. Te he dicho cien veces que no compres nada.

Codoero guardó silencio durante todo el resto de la comida. Su mujer y su hijo hablaron como si estuvieran solos.

Luego Carlos desapareció para vestirse é ir a pasar la velada en una atmósfera más ligera que la de su familia.

Beltrana, a su vez, salió a las nueve y media, en traje serio, pero elegante, para asistir a una de esas conferencias que, en ciertos salones diezmados por el fastidio, hacen las veces de la conversación ausente.

Codoero, en vez de dormirse con su libro en la mano, como hacía casi siempre, salió disimuladamente del hotelito sin cambiar de traje. Tomó asiento en un tranvía de la Magdalena, examinando cuidadosamente los pocos pasajeros que en él iban.

Diez minutos después enfilaba una de las calles inmediatas á la Capilla de Luis XVI, y mirando á su alrededor, como si hubiese temido divisar la sombra de algún agente de orden público, llamó á la puerta de su amigo el doctor Popinot.

- ¡Buenas noches, Sócrates! ¿Cómo va?, preguntó el médico dejando la pluma.

Codoero, transformado, rejuvenecido, casi alegre, dijo sin contestar á la pregunta:

- ¡Buenas noches, sepulturero!

- No hables mal de los sepultureros. A veces son útiles hasta á los vivos. Seis pies de buena tierra sobre una esposa insoportable... ¿Qué más hace falta para cambiar la suerte de un pobre diablo?

- ¡Popinot!. No admito semejantes bromas.

- No admites la verdad. ¿Quién la admite? Por no haber hecho creer á los sanos que estaban enfermos y á los incurables que les podía curar, no he hecho fortuna. Soy tu mejor amigo, ó más bien tu único amigo, y no tengo derecho á precisar mi opinión sobre tu mujer... ¡Cuando pienso que por escrúpulos no te atreves á engañarla!

- Sin hablar de la ley de Dios que lo prohíbe, sería una injusticia humana. La conducta de mi mujer ha sido siempre irreprochable.

- Fué una crueldad más de su parte. Conociendo tu delicadeza, está segura de que su virtud cierra la puerta á tus consuelos. Pero ¿quieres que te diga de qué manera, sobre todo, cortó tus alas? Haciéndote desgraciado. El hombre que ve la vida color de rosa está más dispuesto que otro á coger todas las flores. Por esto mismo el marido de una mujer adorable asombra con frecuencia al mundo por su infidelidad. Es su manera de cantar el himno de gratitud á la Naturaleza. Nunca estuve de acuerdo con mi ilustre colega que dijo, en latín, que ciertos arrebatos de alegría traen en pos de sí la tristeza. Esa tristeza dura muy poco. ¿Crees que una disputa que se ha prolongado desde media noche hasta las cuatro de la madrugada deja menos abatido al hombre?

- Esa teoría no me gusta, ni es propia de mi edad. Ten en cuenta que soy viejo, que Carlos va á cumplir treinta años y que un día de estos voy á tener nuera.

- De todos modos, tus desdichas habrán redundado en bien de ese muchacho lleno de buen sentido. ¡A ese no le hubieran casado al destetarlo! De todas las leyes que rigen el mundo, la más infalible es la de las compensaciones. Con el padre que tiene, Carlos había de divertirse por dos, ser mimado por dos, ser egoísta por dos. Si se aplica la ley hasta el fin, es preciso que se case con una criatura deliciosa, que la engañe y la pegue. Así es que la inmerecida desgracia de un ángel servirá de compensación á la dicha no menos inmerecida del demonio con faldas que echó á perder tu vida. Por lo demás, ¿qué tal de salud?

- A las mil maravillas. No vine á consultar al médico.

- ¡Claro! Si estuvieses enfermo, no tendría yo siquiera el derecho de asistirte. Arrostras toda clase de suplicios por venir á verme á esocndidas. ¡Y hace treinta años que eso dura! Preciso es que tengas la amistad muy resistente.

- Escucha, Popinot; el tiempo vuela. Déjame hablar, en vez de tomarte la molestia de probarme que no soy feliz. Necesito tu consejo. ¿Conoces la casa americana recién construída detrás de la Muette?

- Pasé por delante; es horrible; debe ser inhabitable. Apuesto á que tu mujer quiere obligarte á vivir en ella.

- No; no es eso, contestó Codoero con una extraña sonrisa; precisamente es todo lo contrario. Soy yo el que va á obligar á la señora de Bucilly á instalarse en el *Maugrabin's Building*.

de la estancia, se inclinó golpeándose los muslos, prorrumpió luego en risa, en una risa desordenada, estrepitosa, como aquellas paredes no la habían oído en muchos años, y al recobrar aliento, se apoyó de espaldas en la chimenea y miró fijamente á Codoero, que no tenía, al parecer, ninguna gana de reirse.

- Dispénsame, amigo mío, pero la cosa es tan chuscamente extraordinaria, que no puede uno menos de reirse. ¡Justo Dios! ¡Qué cara va á poner! Sin embargo, por primera vez en mi vida debo dar la razón á la dulce Beltrana. Te has excedido. Un hombre casado no firma esas cosas sin haber conferenciado con la carne de su carne, aunque no sea más que por la forma.

- Conforme. *Inter nos*, ese Maugrabin me encantó. Además, tú mismo lo reconoces, es una ganga. Pero falta convencer á mi esposa. ¿Qué harías tú en mi lugar?

- ¿Yo? Me iría á dormir tranquilamente. Después de media noche, no hay más que dos cosas buenas, y tú no puedes elegir más que

una de las dos. Después de un reposo bienhechor, iría á saludar á mi mujer, muy entrado el día, con la sonrisa en los labios; le preguntaría por su salud, porque siempre hay que ser cortés, y le diría finalmente: «¿Quieres venir á ver el nuevo piso que ayer alquilé?»

- ¡El caso no es para bromal, dijo Codoero disgustado.

- ¿Broma? Te hablo con toda formalidad. Me consultas un caso difícil y yo te indico la solución. Por lo que toca á la forma, no hay duda que se te puede censurar. Pero en cuanto al fondo, eres inatacable. Como jefe de la comunidad, tienes derecho á ir á vivir donde te dé la gana, con tal de que sea una casa decente. La ocasión era ventajosa; la aprovechaste; nada más cuerdo. Tu mujer puede criticar tu elección, pero está obligada á someterse á ella.

En caso de resistencia, los gendarmes no aguardan más que una señal para ponerla en tus brazos. Ten firmeza una vez en tu vida. Tú mismo quedarás sorprendido de lo fácil de tu victoria.

Durante un minuto, Bucilly meditó en silencio.

De pronto, dando con mano nerviosa un puñetazo en la mesa, afirmó:

- Tienes razón; mostraré firmeza. Después de todo, Beltrana no me va á comer.

Y volvióse á su casa, cerca ya de las once, á pie, hendiendo el aire, en la semiobscuridad de la acera, y haciendo molinetes con su bastón.

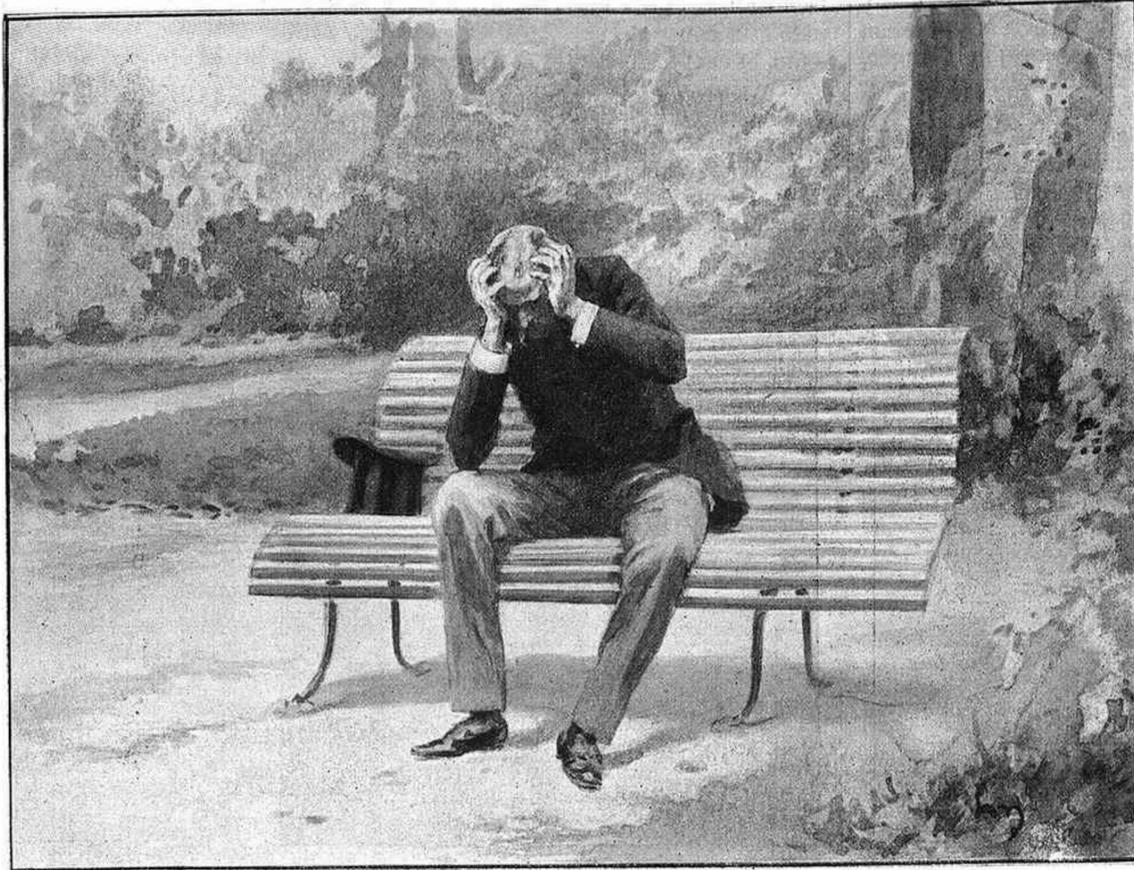
VI

Aquel hombre firme tenía su manera de ser débil. Resuelto siempre á seguir el consejo del último que le hablaba, le seguía, bajando la cabeza, hasta el próximo obstáculo, condenado de antemano á desviar al primer choque. La vida de los hombres débiles, en general, puede representarse por medio de una línea curva; pero la línea gráfica de la vida de Bucilly era un zizás.

La firmeza traída de casa de Popinot duró cerca de doce horas. Después de una noche muy diferente de la de Alejandro antes de la batalla, porque fué noche de insomnio, Codoero entró en liza, es decir, que entró en el tocador donde Beltrana acababa de tomar su desayuno.

- ¿Qué hiciste anoche?, le preguntó ella. ¿Roncar en tu butaca? No tenías á nadie que te estorbase.

(Continuará.)



Minutos después se dejó caer en un banco solitario del Ranelagh, sin saber cómo había ido á parar allí

- ¿Te has vuelto loco?, preguntó Popinot con inquietud.

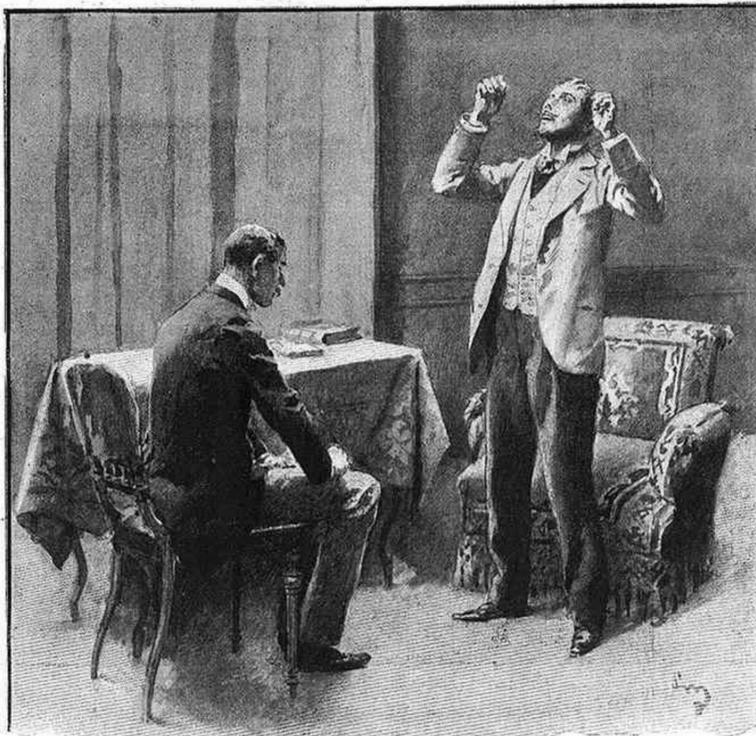
- ¡Muy posible es que pierda la razón! Sea como fuere, lo cierto es que esta tarde he firmado un contrato de alquiler. Deseo que lo leas.

Después de enterarse del contrato y de hacer un cálculo sobre las condiciones de la casa, Popinot pareció más turbado que antes.

- ¡El loco es ese Maugrabin!, exclamó. Yo pago lo mismo por este piso, que no vale la tercera parte del que te alquilan.

En los ojos de Codoero de Bucilly brilló un poco de alegría.

- Por eso he firmado, dijo modestamente. Se me figuró que era un buen negocio. Eso representa para nosotros una economía de diez mil francos anuales, y la economía se impone.



Guillermo, al oír estas últimas palabras, se levantó de su sillón

- Gracias al señorito de quien hablábamos hace poco. ¡Alá aumente su sombra!

- La cuestión está en saber, continuó Bucilly, cómo va á tomar la cosa Beltrana. No sabe que yo haya firmado el contrato de alquiler.

Guillermo, al oír estas últimas palabras, se levantó de su sillón, alzó los brazos, se detuvo en medio

jandro antes de la batalla, porque fué noche de insomnio, Codoero entró en liza, es decir, que entró en el tocador donde Beltrana acababa de tomar su desayuno.

- ¿Qué hiciste anoche?, le preguntó ella. ¿Roncar en tu butaca? No tenías á nadie que te estorbase.

(Continuará.)

GLOBOS PORTAAMARRAS

El drama del vapor *Russie* no se ha borrado todavía de la memoria, y muchos serán los que recordarán la conmovedora aventura de aquella tripulación y de aquellos pasajeros que durante algunos días y á menos de medio kilómetro de la costa permanecían azotados por el viento y las olas, sin que el buque, encallado en la arena, pudiera avanzar ni retroceder y sin que los medios de salvamento (cañones lanzacabos y canoas) pudieran ponerles en comunicación con la tierra. Y no se habrá olvidado tampoco el drama más reciente y más trágico del *Kleber*, que se desarrolló en los mismos sitios del cabo Faramán.

La situación del *Russie* y del *Kleber* se ha presen-

-No, replicó el coronel; el globo que yo propongo nada ha de temer, porque no flota en el aire sino en el agua. Estamos en un buque encallado cerca de la costa, ¿no es verdad? Pues bien: sacamos nuestro globo, lo henchimos en pocos minutos, lo arrojamus al agua retenido por una cuerda delgada y se va soltando ésta á medida que aquél es arrastrado por el viento, el cual lo lleva á la costa, desde donde será fácil enviarnos, gracias á la cuerda, un cable por medio del cual podrá establecerse la comunicación.

Y la cosa sucedió, no precisamente como el coronel había previsto, puesto que el viento era paralelo á la costa, en vez de ser perpendicular, pero sí de modo que resultara demostrado que el globo acuático puede, en efecto, prestar grandes servicios.

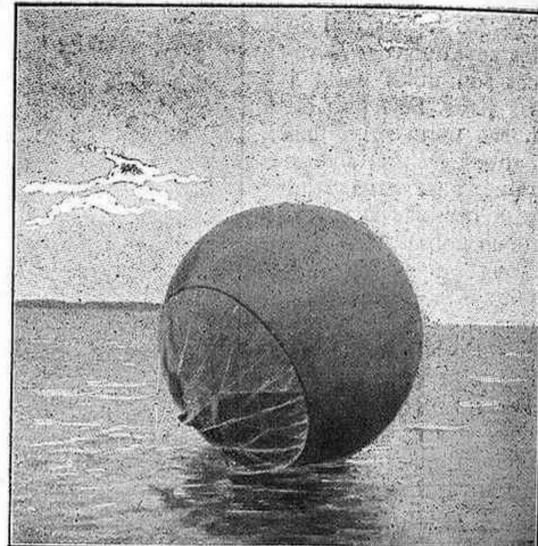
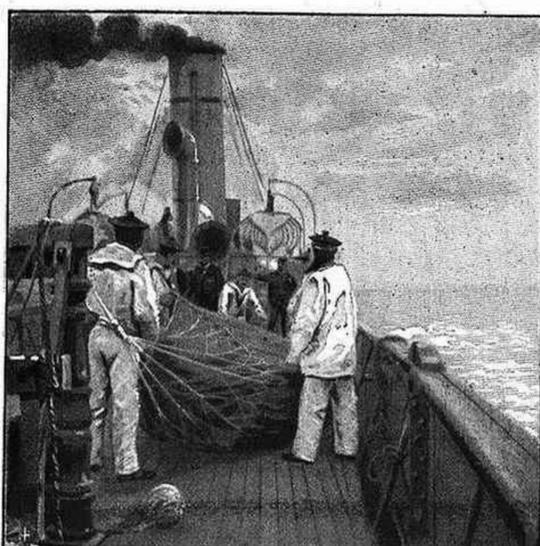
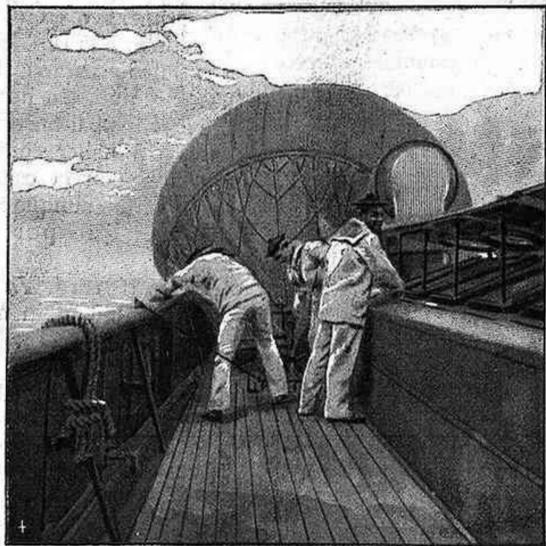
deshenchido, y volvimos al puerto muy satisfechos y convencidos de que los aerostatos pueden prestar grandes servicios en caso de naufragio, á condición de que la tela sea sólida y esté siempre en buen estado de conservación.

H. DE VARIGNY.

* *

LOS PECES MOMIFICADOS DE EGIPTO

Los antiguos egipcios honraban un gran número de divinidades y profesaban especial veneración á un magnífico pez de la familia de los pércidos, el *Lates Niloticus*, que todavía habita en grandes cantidades en las aguas del Nilo en el alto y medio



GLOBOS PORTAAMARRAS. - HENCHIDURA DEL GLOBO. - LANZAMIENTO DEL GLOBO AL AGUA. - EL GLOBO FLOTANDO

tado y se presentará aún muchas veces, lo cual nada tiene de extraño, porque el viento que arrojó los buques contra la costa levanta olas é impide que el bote salvavidas se haga á la mar; además paraliza la acción del cañón lanzacabos, cuyo proyectil presenta una superficie demasiado ancha, disminuye su alcance ó desvía su dirección. De manera que el viento, causa las más de las veces del naufragio, es también con frecuencia el principal enemigo del salvador.

¿Qué hacer para obviar estas dificultades? Tal es la pregunta que se ha hecho entre otros el coronel francés Renard, el cual, práctico como pocos en materia de globos, se ha preguntado además si los barcos del aire podrían, en determinadas circunstancias, especialmente en casos análogos al del *Russie*, acudir en auxilio de los barcos del mar. Y partiendo de esta idea, ha elaborado un proyecto á cuya ejecución asistió el autor de estas líneas, acompañado naturalmente de su fiel objetivo, que le permitió reproducir las fotografías adjuntas.

La prueba se realizó en Ostende durante la Exposición y el Congreso de Pesquerías. El coronel Renard había remitido su programa y su material á los representantes del Ministerio de Marina de Francia, los Sres. H. Durassier y P. J. B. Vincent, y el gobierno francés envió al comandante Carlos Garnier con su contratorpedero *Alarme* para prestar su concurso en el experimento. Este se llevó á cabo una tarde en que soplabá una ligera brisa, en un gran remolcador que facilitó el gobierno belga.

-Supongamos, dijo el coronel Renard, un buque que se encuentre en el caso del *Russie*, es decir, que haya encallado en la arena ó en las rocas á poca distancia de la playa: el viento se opone al empleo de los botes y de los lanzacabos, pero no al del globo.

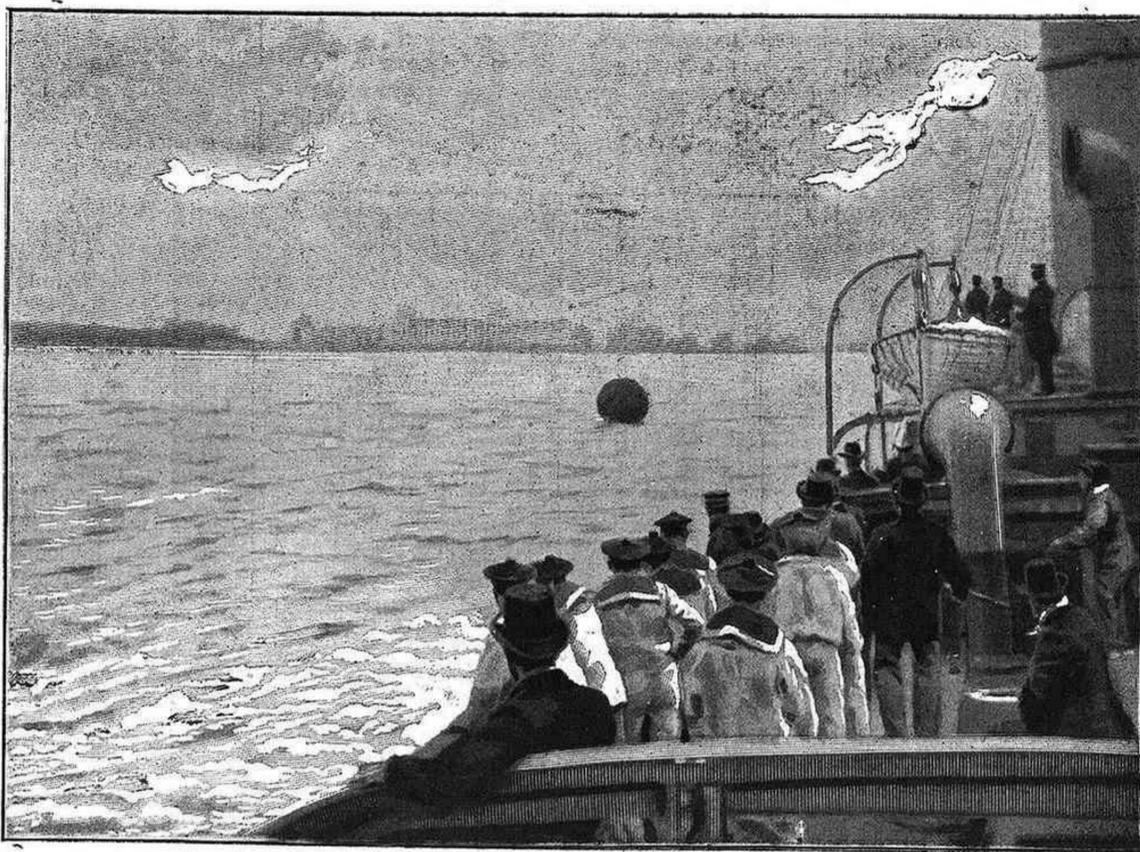
-¡El globo!, exclamó uno de los presentes. ¿Acaso la tormenta no lo destruirá?

Cuando el remolcador hubo llegado á 800 ó 1.000 metros de la playa, la tripulación del *Alarme* cogió un pequeño aerostato de unos tres metros de capacidad y comenzó las operaciones. Primero se tendió el globo sobre el puente y luego se procedió á su henchidura por medio de un ventilador puesto en acción por dos manubrios movidos á mano. En menos de cinco minutos el globo quedó lleno y fué lanzado á agua; el viento se apoderó de él haciéndolo rodar sobre las olas, que apenas rozaba el aerostato, y éste se alejó rápidamente arrastrando de-

Egipto. Algunas ciudades, entre ellas Esneh, consagraban un culto particular á esta especie; de aquí que aquella célebre y populosa ciudad recibiera desde la ocupación de los romanos el nombre de Latopolis. Sus habitantes, no sólo veneraban como divinidad de primer orden al pez vivo, sino que además procuraban por procedimientos de momificación ingeniosos preservarlo de toda destrucción. Los señores Lortet y Hugouenq han estudiado recientemente esos extraños peces momificados, y M. Maspero, director de las Antigüedades Egipcias, ha mandado practicar para ellos excavaciones especiales en los alrededores de Esneh y les ha proporcionado un buen número de aquéllos. El resultado de las investigaciones de los señores Lortet y Hugouenq ha sido comunicado hace poco á la Academia de Ciencias de París, y de la memoria presentada por ellos tomamos los siguientes interesantes detalles.

Los peces momificados han sido enterrados en cantidades prodigiosas y á poca profundidad en la llanura arenosa que se extiende al Oeste de la ciudad hasta las estribaciones de la cordillera líbica y se encuentran también en gran número en la necrópolis humana de la última época de los Ptolomeos y de la época romana.

Esos animales reducidos al estado de momia, están cuidadosamente envueltos en tiras de lino teñidas de un color amarillo claro por el contacto del líquido conservador, y los hay de todos tamaños, desde algunos centímetros hasta un metro y medio de longitud. Al lado de los peces adultos, se encuentran también unas esferas extrañas de un tamaño doble de un puño, formadas con juncos entrelazados con fragmentos de tiras de lino. Estas esferas son huecas y cada una contiene centenares de lates diminutos, apenas salidos del huevo y de sólo unos milímetros de largo; algunas sólo encierran grandes escamas de lates



EL GLOBO PORTAAMARRAS DIRIGIÉNDOSE Á LA COSTA

trás de sí la cuerda. Cuando hubo recorrido una distancia de 500 metros, se dió la prueba por terminada.

El experimento bastó para demostrarnos que en un caso como el del *Russie*, el globo habría llegado á tierra en un plazo muy corto, tal vez en un cuarto de hora, llevando á los salvadores una cuerda que podía servir para tirar, desde la costa ó desde el buque, un cable más sólido que permitiera establecer una comunicación entre los salvadores y los naufragos.

El globo fué nuevamente llevado á bordo, izado y

color amarillo claro por el contacto del líquido conservador, y los hay de todos tamaños, desde algunos centímetros hasta un metro y medio de longitud. Al lado de los peces adultos, se encuentran también unas esferas extrañas de un tamaño doble de un puño, formadas con juncos entrelazados con fragmentos de tiras de lino. Estas esferas son huecas y cada una contiene centenares de lates diminutos, apenas salidos del huevo y de sólo unos milímetros de largo; algunas sólo encierran grandes escamas de lates

adultos, y son tal vez ofrendas de solicitantes desgraciados que no pudieron procurarse los animales necesarios para su acto de devoción.

Todos estos peces, grandes y pequeños, están admirablemente conservados, y muchos de ellos, al quitárseles el limo sagrado en que fueron sumergidos, parecen casi salir del agua; sus escamas presentan aún todo su brillo y á menudo también sus vivos colores; á veces el globo del ojo intacto deja ver en el interior el reflejo dorado y plateado de la membrana del iris. Todos los individuos de un tamaño algo considerable tienen en uno de sus costados un corte longitudinal destinado á dejar penetrar en el interior de la sección abdominal la salazón en que debieron de estar sumergidos.

¿Cuál era la composición química del líquido conservador de los peces sagrados? Este líquido era muy activo, puesto que ha preservado de todo daño durante tantos siglos á aquellos animales que, como es sabido, son en extremo corruptibles. Los egipcios no se han servido nunca de su preparación de asfalto para conservar esos peces, al paso que el betún desempeña un gran papel en la momificación del hombre y de los otros vertebrados.

Los análisis hechos por M. Hugouneq han demostrado que aquellos peces eran sometidos sencillamente á una maceración más ó menos prolongada en las aguas fuertemente saladas de los lagos de natrón situados en distintos puntos de Egipto, y luego rodeados de una capa de limo cargado de substancias saladas, mantenida por un vendaje hábilmente aplicado. A consecuencia de la sequedad del aire y de la acción protectora de una arena seca caliente y casi siempre muy salada, esas momias se han conservado, durante veinte siglos por lo menos, tan perfectamente, que algunas de ellas parecen contener todavía casi tantas materias animales como ciertos bacalao que se venden en nuestros mercados.

En los profundos lagos formados por la primera catarata, el *Lates niloticus* alcanza un tamaño considerable. Los Sres. Lortet y Hugouneq han visto pescar cerca de Assuán algunos ejemplares de más de dos metros de longitud que no presentan ningun

na diferencia morfológica comparados con los que capturaban los antiguos pescadores de Esneh, siendo hoy lo mismo que hace dos mil quinientos años.

De la composición química de los peces sagrados, en extremo rica en sales minerales (35 por 100), M. Hugouneq deduce que para asegurar la conservación tan perfecta de estos animales, los egipcios los envolvían en una mezcla de arcilla y arena impregnada de una fuerte proporción de sales alcalinas y particularmente de cloruro sódico. Esta tierra naturalmente salada procedía probablemente de los lagos salados ó lagos de natrón que, secos en sus márgenes, producen la arena arcillosa cargada de sales: estas últimas son las que, con ayuda de un clima seco, han asegurado durante tan largo período la conservación tan notable de los peces. — J. F. G.

**

EL SISTEMA MARCONI

Y LAS COLISIONES DE LOS FERROCARRILES

Marconi, el inventor de la telegrafía sin hilos, propone que se aplique ésta como medio de imposibilitar los choques de trenes, y los periódicos norteamericanos se ocupan con interés de esta aplicación inesperada del sistema que, según ellos, habría evitado la terrible colisión del New-York Central, que causó recientemente tan gran número de víctimas. Se recordará que este accidente se produjo en un túnel á la entrada de la estación de Nueva York, en donde un tren se arrojó sobre otro parado delante de él por no haber visto las señales de parada.

Marconi entiende que instalando en la garita de cada maquinista una estación telegráfica sin hilo, capaz de transmitir y recibir ondas eléctricas á una distancia de media milla (unos 800 metros) por delante y por detrás, todos los trenes que van por una misma vía podrían saber matemáticamente que hay otro tren delante, en el límite de la indicada distancia, y por consiguiente moderar su marcha ó detenerse para evitar todo choque.

La idea es evidentemente muy ingeniosa, y como su realización no requiere ninguna instalación fija en la vía, resulta por completo independiente de las señales y del «bloc-system». El aparato imaginado por Marconi tiene por objeto responder á todas las objeciones relativas á la dificultad de canalizar las ondas eléctricas á fin de que la señal enviada por un tren sea transmitida con toda exactitud al tren que ha de recibirla y no á cualquier otro que se encuentre en las inmediaciones y cuya marcha, de no ser así, se encontraría inútilmente perturbada. A este efecto, la estación transmisora de cada máquina emitiría constantemente ondas que se propagarían únicamente á la trasera del tren en una distancia de 800 metros, de modo que hiciese las veces de un disco de parada, pero de una manera permanente. De este modo, en cuanto el tren siguiente entrara en esta zona, es decir, se aproximara al anterior á menos de 800 metros, su estación receptora, dispuesta para recibir las ondas en la parte de delante, entraría en acción poniendo en movimiento una señal de alarma, campana ó sirena, que llamaría la atención del maquinista, y si se quiere, podría determinar el funcionamiento de los frenos. Sería, en una palabra, una especie de «bloc-system» ideal que mantendría continuamente un espacio de 800 metros por lo menos entre dos trenes que circularan por la misma vía.

Otra dificultad está en la multiplicidad de vías en las inmediaciones de las grandes estaciones, lo cual podría producir una confusión entre los avisos procedentes de trenes que circularan en el mismo sentido por vías paralelas. Para evitar este inconveniente, Marconi se propone conjugar entre sí los aparatos de cada línea á fin de que sólo puedan emitir y recibir ondas de una longitud determinada.

Finalmente, parece que la instalación de este sistema no costaría más de 2.000 francos por máquina, lo cual significa un gasto mínimo, comparado con las inmensas ventajas que la aplicación reportaría desde el punto de vista de la seguridad del público.

Falta saber lo que será este procedimiento en la práctica. Marconi se dispone á hacer experimentos en los ferrocarriles belgas. — X.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los Intestinos, los Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Venta anual de los Productos Nestlé
39 millones de botes.

Harina Lacteada

NESTLÉ



ALIMENTO COMPLETO

para Niños y Viejos.

Contiene la Leche pura de Suiza.

Consumo diario de Leche: 184,000 Litros.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las *gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes*, para facilitar la *digestion* y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al **Bromuro de Potasio**

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del *corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones* y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, *todas las afecciones nerviosas.*

Fábrica, Especiones: J.-P. LAROZE & C^{te}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris. — Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero. Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

APIOLINA CHAPOTEAUT
SALUD DE LAS SEÑORAS

(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y compremeten á menudo la salud de las Señoras.

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

PATE ÉPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del resto de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVOËL DUSSE**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



Pescadoras de almejas, dibujo original de Rafael Senet

PAPERS ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

AVISO A LAS SENORAS
EL ANIOL DE LOS 3 RES
JORET-HONOLLE
 CURA
LOS DOLORES, REIARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 F. G. SEGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT
 DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PANCREATINA DEFRESNE
 POLVO PILDORAS
 Adoptada por la Armada y los Hospitales de Paris.
DIGESTIVO el más poderoso el más completo
 Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los feculentos.
 La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión.
 En todas las buenas Farmacias de España.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - PRECIO: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DE ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS ANEMIA, CALENTURAS, etc.
QUINA-LAROCHE
 Premio de 16.600 francos
 EL MISMO FERRUGINOSO EL MISMO FOSFATADO
 Paris, 20 et 22, rue Drouot y FARMACIAS. Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN